De ratones y hombres

John Steinbeck



Lennie, un deficiente mental tan bruto como tierno, recorre los caminos junto al pícaro e ingenioso George. Son dos figuras errantes en el paisaje rural de la Gran Depresión que asoló Norteamérica, en busca siempre de cualquier trabajo que les permita sobrevivir.

John Steinbeck, Premio Nobel 1962, plasmo en muchas de sus novelas el mundo de los desheredados que vagaban por la América rural de los anos de la Depresión, en busca de cualquier trabajo que les permitiera sobrevivir. En esta novela, que ha sido llevada a la pantalla en 1992, Steinbeck narra la relación entre Lennie y George: Lennie, un débil mental tan primitivo como tierno; George, un pícaro hábil a ingenioso, que intenta proteger a Lennie de si mismo, aunque a veces se escude en su fuerza

para salir de apuros. La amistad entre estos dos seres marginados y su enfrentamiento al convencional y civilizado mundo de los poderosos es producto de un costado humano que sigue hoy tan vigente como cuando se escribió esta novela, hace mas de sesenta anos: la solidaridad.



John Steinbeck

De ratones y hombres

ePUB v1.0

Horus01 30.01.12

más libros en espaebook.com

Título original: *Of Mice and Men*
Año publicación: 1937
Traducción por: Román A. Jiménez

Capítulo 1

Unas millas al sur de Soledad, el río Salinas se ahonda junto al margen de la ladera y fluye profundo y verde. Es tibia el agua, porque se ha deslizado chispeante sobre la arena amarilla y al calor del sol antes de llegar a la angosta laguna. A un lado del río, la dorada falda de la ladera se curva hacia arriba trepando hasta las montañas Gavilán, fuertes y rocosas, pero del lado del valle los árboles bordean la orilla: sauces frescos y verdes cada primavera, que en las junturas más bajas de sus hojas muestran las consecuencias de la

crecida invernal; y sicomoros de troncos veteados, blancos, recostados, y ramas que se arquean sobre el estanque. En la arenosa orilla, bajo los árboles, yacen espesas las hojas, y tan quebradizas que las lagartijas hacen un ruido semejante al de un gran chisporroteo si corren entre ellas. Los conejos salen del matorral para sentarse en la arena al atardecer, y los terrenos bajos, siempre húmedos, están cubiertos por las huellas nocturnas de los coatíes, y por los manchones donde se han revolcado los perros de los ranchos, y por las marcas en forma de cuña partida dejadas por los ciervos que llegan para abrevar en la

oscuridad.

Hay un sendero a través de los sauces y entre los sicomoros; un sendero de tierra endurecida por el paso de los niños que vienen de los ranchos a nadar en la profunda laguna, y por el de los vagabundos que, por la noche, llegan cansados desde la carretera para acampar cerca del agua. Frente al bajo tronco horizontal de un sicomoro gigante se alza un montón de cenizas, resto de muchos fuegos; el tronco está pulido por los hombres que se han sentado en él.

Capítulo 2

El atardecer de un día cálido puso en movimiento una leve brisa entre las hojas. La sombra trepó por las colinas hacia la cumbre. Sobre la orilla de arena, los conejos estaban sentados, quietos como grises piedras esculpidas. Y de pronto, desde la carretera estatal llegó el sonido de pasos sobre frágiles hojas de sicomoro. Los conejos corrieron a ocultarse sin ruido. Una zancuda garza se remontó trabajosamente en el aire y aleteó aguas abajo. Por un momento el lugar permaneció inanimado, y luego dos

hombres emergieron del sendero y entraron en el espacio abierto situado junto a la laguna.

Habían caminado en fila por el sendero, e incluso en el claro uno quedó atrás del otro. Los dos vestían pantalones de estameña y chaquetas del mismo género con botones de bronce. Los dos usaban sombreros negros, carentes de forma, y los dos llevaban prietos hatillos envueltos en mantas y echados al hombro. El primer hombre era pequeño y rápido, moreno de cara, de ojos inquietos y facciones agudas, fuertes. Todos los miembros de su cuerpo estaban definidos: manos

pequeñas y fuertes, brazos delgados, nariz fina y huesuda. Detrás de él marchaba su opuesto: un hombre enorme, de cara sin forma, grandes ojos pálidos y amplios hombros curvados; caminaba pesadamente, arrastrando un poco los pies como un oso arrastra las patas. No se balanceaban sus brazos a los lados, sino que pendían sueltos.

El primer hombre se detuvo de pronto en el claro y el que le seguía casi tropezó con él. El más pequeño se quitó el sombrero y enjugó la badana con el índice y sacudió la humedad. Su enorme compañero dejó caer su frazada y se arrojó de bruces y bebió de la superficie

de la verde laguna; bebió a largos tragos, resoplando en el agua como un caballo. El hombre pequeño se colocó nerviosamente a su lado.

—¡Lennie! —exclamó vivamente—. Lennie, por Dios, no bebas tanto.

Lennie siguió resoplando en la laguna. El hombre pequeño se inclinó y lo sacudió.

—Lennie. Te vas a enfermar como anoche.

Lennie hundió toda la cabeza en el agua, sombrero y todo, y luego se sentó en la orilla, y el agua de su sombrero chorreó por la chaqueta azul y por la espalda.

—Está buena —afirmó—. Bebe algo, George. Echa un buen trago.

Sonrió entonces alegremente.

George desató su hatillo y lo posó suavemente en la orilla.

—No estoy seguro de que esté buena –dijo—. Parece un poco sucia.

Lennie metió una manaza en el agua y agitó los dedos de manera que el agua se elevó en un chapoteo; se ensancharon los círculos a través de la laguna hasta llegar a la otra orilla y volvieron de nuevo. Lennie miró el movimiento.

—Mira, George. Mira lo que he hecho.

George se arrodilló junto al agua y

bebió de su mano, ahuecada, con rápidos movimientos.

—El sabor es bueno —admitió—. Pero no parece que corra. Nunca deberías beber agua que no corre, Lennie —agregó sin esperanzas—. Pero tú beberías de un desagüe, si tuvieras sed.

Se echó agua con la mano en la cara y la extendió con la palma bajo la mandíbula y en torno al cuello, sobre todo en la nuca. Luego volvió a calarse el sombrero, se retiró del río, alzó las rodillas y las rodeó con los brazos. Lennie, que lo había estado mirando, lo imitó exactamente. Se arrastró hacia

atrás, alzó las rodillas, las rodeó con los brazos, miró a George para ver si lo había hecho bien. Bajó el ala del sombrero un poco más sobre sus ojos, hasta dejarlo tal y como estaba el sombrero de George.

George miraba malhumorado en dirección al agua. Tenía los párpados enrojecidos por el resplandor del sol.

—Podíamos haber seguido hasta el rancho —dijo con ira— si ese bastardo del autobús hubiese sabido lo que decía. «Apenas un trecho por la carretera —dice—. Apenas un trecho.» ¡Casi cuatro millas! ¡Ése era el maldito trecho! No quería parar en la puerta del rancho, eso

es lo que pasa. Es demasiado perezoso el condenado para acercarse hasta allá. Me pregunto si parará en Soledad siquiera. Nos echa del autobús y dice: «Apenas un trecho por la carretera». Apuesto a que eran más de cuatro millas. ¡Qué calor!

Lennie le dirigió una tímida mirada.

—¿George?

—Síii. ¿Qué quieres?

—¿Dónde vamos, George?

El hombrecito dio un tirón del ala de su sombrero y miró a Lennie con el ceño fruncido.

—¿Así que ya lo olvidaste, eh? ¿Te lo tengo que decir otra vez, verdad?

¡Jesús! ¡Eres un verdadero idiota!

—Lo olvidé —dijo Lennie suavemente—. Traté de no olvidarlo. Lo juro por Dios, George.

—Bueno, bueno. Te lo diré otra vez. No tengo nada que hacer. No importa que pierda el tiempo diciéndote las cosas para que las olvides, y volviéndotelas a decir.

—Intenté e intenté no olvidarlo —se excusó Lennie— pero no pude. Me acuerdo de los conejos, George.

—¡Al diablo con los conejos! Eso es todo lo que puedes recordar, los conejos. ¡Bueno! Ahora me escuchas y la próxima vez tienes que recordarlo,

para que no nos veamos en apuros. ¿Recuerdas cuando nos sentamos en aquella alcantarilla de la calle Howard y miramos aquella pizarra?

La cara de Lennie se quebró con una encantadora sonrisa.

—Pues claro, George, de eso me acuerdo... pero... ¿qué hicimos después? Recuerdo que pasaron unas chicas y tú dijiste... dijiste...

—Al diablo con lo que dije. ¿Recuerdas que fuimos a donde Murray y Ready, y nos dieron tarjetas de trabajo y billetes para el autobús?

—Ah, claro, George. Ahora me acuerdo.

Introdujo rápidamente las manos en los bolsillos de su chaquetón y agregó suavemente:

—George... No tengo mi tarjeta. Debo de haberla perdido.

Miró al suelo lleno de desesperación.

—No la tenías, imbécil. Yo tengo las dos aquí. ¿Crees que te iba a dejar que llevaras tu tarjeta de trabajo?

Lennie sonrió aliviado.

—Yo... yo creía que la había puesto en el bolsillo.

Y su mano fue otra vez al bolsillo.

—¿Qué has sacado de ese bolsillo? —preguntó George, mirándolo

fijamente.

—No tengo nada en el bolsillo —contestó Lennie astutamente.

—Ya sé que no hay nada. Lo tienes en la mano. ¿Qué estás escondiendo en la mano?

—No tengo nada, George. De veras.

—Vamos, dame eso.

Lennie estiró el brazo para alejar su mano de George.

—No es más que un ratón, George.

—¿Un ratón? ¿Vivo?

—¡Aja! Es sólo un ratón muerto, George. Yo no lo maté. ¡De veras! Lo encontré. Lo encontré muerto.

—¡Dámelo!

—Oh, déjame que lo tenga, George.

—¡Dámelo!

La mano cerrada de Lennie obedeció lentamente. George cogió el ratón y lo arrojó, por encima de la laguna, a la otra orilla, entre los matorrales.

—¿Para qué quieres un ratón muerto, eh?

—Podría acariciarlo con el pulgar mientras caminamos —explicó Lennie.

—Bueno, no vas a acariciar ratones mientras caminas conmigo. ¿Recuerdas adónde vamos, ahora?

Lennie lo miró con asombro y luego, avergonzado, ocultó la cara contra las rodillas.

—Lo olvidé otra vez.

—Dios mío —dijo George resignadamente—. Bueno..., mira: vamos a trabajar en un rancho como aquel donde estuvimos en el norte.

—¿El norte?

—En Weed.

—Ah, claro. Ya recuerdo. En Weed.

—El rancho adónde vamos está muy cerca. Iremos a ver al patrón. Ahora, fíjate. Yo le daré las tarjetas de empleo, pero tú no dirás ni una palabra. Te quedas quieto y no dices nada. Si descubre lo imbécil que eres, no nos va a dar trabajo, pero si te ve trabajar antes de oírte hablar, estamos contratados. ¿Lo

has entendido?

—Claro, George. Claro que lo he entendido.

—Bien. Ahora, cuando vayamos a ver al patrón, ¿qué vas a hacer?

—Yo... yo —empezó Lennie pensativo. Su rostro quedó tenso de tanto pensar—. Yo... no voy a decir nada. Me quedo allí quieto, sin decir nada.

—¡Eso es! Ahora, repítelo dos, tres veces para estar seguro de no olvidarlo.

Lennie canturreó suavemente:

—No voy a decir nada... No voy a decir nada... No voy a decir nada.

—Bueno —interrumpió George—. Y

tampoco vas a hacer disparates como en Weed.

—¿Como en Weed? —preguntó Lennie con expresión de perplejidad.

—Ah, de modo que también has olvidado eso, ¿verdad? Bueno. No voy a hacértelo recordar, para que no lo hagas de nuevo.

Una luz de comprensión apareció en el rostro de Lennie.

—Nos echaron fuera de Weed —estalló triunfalmente.

—No nos echaron, qué diablos —dijo George con rabia—. Nosotros fuimos los que corrimos. Nos buscaban, pero no nos encontraron.

Lennie soltó una risita feliz.

—De eso no me he olvidado.

George se tendió de espaldas en la arena y cruzó las manos bajo la nuca, y Lennie lo imitó, pero levantando la cabeza para comprobar si estaba haciéndolo bien.

—Dios, mira que causas complicaciones —se quejó George—. ¡Lo pasaría tan bien, tan tranquilamente, si no te tuviera pegado a mis talones! Podría vivir tan bien..., hasta tener una mujer, quizás.

Por un momento Lennie yació quieto, y de pronto dijo lleno de esperanza:

—Vamos a trabajar en un rancho,

George.

—Bueno. Ya lo has entendido. Pero vamos a dormir aquí porque tengo mis razones para hacerlo así.

El día moría rápidamente. Sólo las cimas de las montañas Gabilán llameaban con la luz del sol, que ya había desaparecido del valle. Una culebra de agua se deslizó por la laguna, alzada la cabeza como un periscopio diminuto. Las cañas se movían con pequeñas sacudidas en la corriente. Muy lejos, hacia la carretera, un hombre gritó algo y otro hombre gritó la respuesta. Las hojas de sicomoro susurraron con una ráfaga de viento que murió

inmediatamente.

—George... ¿Por qué no vamos al rancho y comemos algo? En el rancho hay comida.

George se recostó de lado.

—Por ninguna razón que puedas entender. Me gusta estar aquí. Mañana vamos a ir a trabajar. He visto máquinas trilladoras mientras veníamos. Eso quiere decir que vamos a cargar sacos de cereales hasta reventar. Esta noche voy a quedarme tendido aquí mirando al cielo. Esto es lo que me gusta.

Lennie se puso de rodillas y miró a George.

—¿No vamos a comer?

—Claro que sí, si recoges algunas ramas secas. Tengo tres latas de judías en mi hatillo. Prepara el fuego. Te daré una cerilla cuando juntes las ramas. Entonces calentaremos las judías y comeremos.

—Me gustan las judías con salsa de tomate —dijo Lennie.

—Bueno, pero no tenemos tomate. Ve a buscar leña. Y no te entretengas, porque muy pronto será de noche.

Lennie se puso en pie torpemente y desapareció entre los matorrales. George permaneció donde estaba, silbando suavemente. Se oyó el ruido de un chapoteo en el río, en la dirección

que había tomado Lennie. George dejó de silbar y escuchó.

—¡Pobre bestia! —susurró con dulzura, y siguió silbando.

Al cabo de un momento Lennie volvió ruidosamente por entre las matas. Tenía en la mano una ramita de sauce. George se sentó en seguida.

—Bueno, basta —dijo bruscamente —. ¡Dame ese ratón!

Pero Lennie adoptó una cuidadosa expresión de inocencia.

—¿Qué ratón, George? Yo no tengo ningún ratón.

—Vamos. Dámelo. No vas a engañarme.

Lennie vaciló, retrocedió un paso, miró azorado hacia los matorrales como si pensara huir en busca de libertad. George insistió fríamente:

—¿Vas a darme ese ratón, o tengo que darte un puñetazo?

—¿Darte qué, George?

—Sabes bien qué, diablos. Quiero ese ratón.

Lennie metió de mala gana la mano en el bolsillo. Su voz se quebró al decir:

—No sé por qué no puedo guardarlo. Este ratón no es de nadie. Yo no lo robé. Lo encontré tendido junto al camino.

La mano de George siguió

imperiosamente tendida. Con lentitud, como un perrito que no quiere entregar la pelota a su amo, Lennie se acercó, retrocedió, se acercó otra vez. George chasqueó los dedos y, al oír este sonido, Lennie depositó el ratón en la palma de su amigo.

—No hacía nada malo, George. Lo estaba acariciando, nada más.

George se puso de pie y arrojó el ratón tan lejos como pudo hacia los matorrales ya oscurecidos; después se acercó al agua y se lavó las manos.

—Idiota. ¿Creíste que no iba a ver que tenías los pies mojados por haber cruzado el río para buscarlo?

Oyó el lastimero sollozo de Lennie y giró en redondo.

—¡Lloriqueando como una nena! ¡Jesús! ¡Un grandullón como tú!

Temblaron los labios de Lennie, y en sus ojos aparecieron unas lágrimas. George puso una mano sobre el hombro de Lennie.

—No te lo quito para hacerte sufrir. Ese ratón se estaba pudriendo; y además, lo habías roto de tanto acariciarlo. Cuando consigas otro ratón más fresco, te lo dejaré un tiempo.

Lennie se sentó en el suelo y dejó caer la cabeza, desconsolado.

—No sé dónde habrá otro ratón.

Recuerdo que una señora me daba ratones... Todos los que conseguía. Pero esa señora no está aquí.

—¿Señora, eh? —se burló George—. Ni siquiera te acuerdas de quién era esa señora. Era tu tía Clara. Y ella misma dejó de darte ratones. Siempre los matabas.

Lennie alzó tristemente la vista.

—Eran tan pequeños —dijo, disculpándose—. Yo los acariciaba y en seguida me mordían los dedos, y yo les apretaba un poco la cabeza, y entonces se morían... porque eran muy pequeños. Me gustaría tener pronto esos conejos, George. No son tan pequeños.

—¡Al diablo los conejos! Y no se te pueden confiar ratones vivos. Tu tía Clara te dio un ratón de goma y no quisiste saber nada.

—No servía para acariciarlo —explicó Lennie.

La llama de la puesta de sol se elevó desde la cumbre de las montañas y el crepúsculo entró en el valle, y la penumbra se extendió entre los sauces y los sicomoros. Una carpa enorme subió a la superficie de la laguna, tragó aire y luego se hundió misteriosamente otra vez en el agua oscura, dejando unos círculos que se ensanchaban en la laguna. Más arriba, las hojas susurraron

de nuevo, y unas hebras de algodón cayeron suavemente y se posaron en la superficie del agua.

—¿Vas a buscar esa leña? —preguntó George—. Hay mucha ahí, tras ese sicomoro. Es leña de la crecida del agua. Cógela, vamos.

Lennie fue detrás del árbol y trajo un manojo de hojas y ramitas secas. Las arrojó en montón sobre las cenizas y volvió a buscar más. Ya era casi de noche. Las alas de una paloma silbaron sobre el agua. George caminó hasta la pila de leña y encendió las hojas secas. La llamarada crepitó entre las ramitas y empezó a quemarlas. George deshizo su

hatillo y sacó tres latas de judías. Las colocó en torno al fuego, cerca de la llama, pero sin que la tocaran.

—Hay bastante para cuatro —afirmó.

Lennie lo miraba por encima del fuego.

—Me gustan con salsa de tomate —dijo pacientemente.

—Bueno, pero no tenemos —explotó George—. Cualquier cosa que no tengamos, eso es lo que quieres. ¡Dios del cielo! Si yo estuviera solo, viviría tan bien... Conseguiría un empleo y trabajaría sin tropiezos... Nada de sustos..., y cuando llegara a fin de mes

podría cobrar mis cincuenta dólares y podría ir a la ciudad y comprar lo que quisiera. ¡Podría estar toda la noche en un burdel! Podría comer donde se me antojara, en un hotel o en cualquier parte, y pedir todo lo que me gustara. Y podría hacer todo eso cada mes. Me compraría tres litros de whisky, o me pasaría la noche jugando a las cartas o a los dados.

Lennie se arrodilló y, por encima del fuego, miró al enfurecido George. La cara de Lennie tenía una expresión aterrorizada.

—Y en cambio, ¿qué hago? —siguió George con rabia—. ¡Te tengo a ti! No

puedes conservar un empleo, y me haces perder todos los trabajos que me dan. No haces más que obligarme a recorrer el país entero. Y eso no es lo peor. Te metes en líos. Haces cosas malas y yo tengo que sacarte de apuros.

Se alzó su voz hasta ser casi un grito.

—Imbécil, hijo de perra... Me tienes siempre sobre ascuas.

George adoptó los modales primorosos de las niñas cuando se mofan unas de otras.

—Sólo quería tocar el vestido de esa chica —imitó—. Quería acariciarlo como a los ratones... Sí, pero ¿cómo

diablos iba a saber ella que no querías más que eso? La pobre da un tirón, y tú sigues agarrándola como si fuera un ratón. Grita, y nos tenemos que esconder en una zanja todo el día mientras nos buscan, y tenemos que escaparnos en la oscuridad y salir de allí escondidos. Y siempre es igual, siempre. Desearía poder meterte en una jaula con un millón de ratones para que te divirtieras.

La ira lo abandonó súbitamente. Miró a través del fuego la angustiada cara de Lennie, y entonces, avergonzado, bajó los ojos hacia las llamas.

Era muy oscuro ya, pero el fuego iluminaba los troncos de los árboles y

las curvas ramas más arriba. Lennie se arrastró lentamente, con cautela, alrededor de la hoguera hasta que estuvo junto a George. Se sentó entonces sobre los talones. George hizo girar las latas de judías para que el fuego les diera del otro lado. Fingió no haber advertido que Lennie se encontraba tan cerca de él.

—George —dijo muy suavemente.

No hubo respuesta.

—¡George! —insistió.

—¿Qué quieres?

—Estaba bromeando, George. No quiero salsa de tomate. No comería salsa de tomate aunque la tuviera aquí al lado.

—Si la tuviéramos podrías comer una poca.

—Pero no la comería, George. Te la dejaría toda a ti. Podrías tapar tus judías con salsa, y yo no la tocaría siquiera.

George seguía mirando empecinadamente el fuego.

—Cuando pienso lo bien que lo pasaría sin ti, me vuelvo loco. No me dejas en paz nunca.

Lennie seguía arrodillado. Miró a lo lejos, a la oscuridad al otro lado del río.

—George, ¿quieres que me vaya y te deje solo?

—¿Dónde diablos ibas a ir?

—Bueno... Podría irme a esas

montañas. En algún sitio encontraría una cueva.

—¿Sí, eh? ¿Qué ibas a comer? No tienes suficiente cabeza ni para buscar qué comer.

—Algo encontraría, George. No necesito buena comida con salsa de tomate. Me tendería al sol y nadie me haría daño. Y si encontrara un ratón podría guardarlo. Nadie me lo quitaría.

George lo miró rápida, inquisitivamente.

—¿He sido malo contigo, eh?

—Si no me quieres, puedo irme a las montañas y encontrar una cueva. Puedo marcharme en seguida.

—No..., ¡mira! Sólo hablaba en broma, Lennie. Porque yo quiero que estés conmigo. Lo malo de los ratones es que siempre los matas. —Hizo una pausa—. Oye lo que te digo, Lennie. En cuanto tenga una oportunidad te regalaré un perrito. Tal vez no lo mates. Sería mejor que los ratones. Y podrías acariciarlo con más fuerza.

Lennie eludió el cebo. Había intuido que tenía ventaja.

—Si no quieres estar conmigo, no tienes más que decirlo y en seguida me marcho a las montañas, a esas de allá... Subo a las montañas y vivo solo. Y nadie me robará los ratones.

—Quiero que te quedes conmigo, Lennie —dijo George—. Jesús, lo más probable es que te mataran como a un coyote si vivieras solo. No, te quedas conmigo. Tu tía Clara no querría que anduvieras solo..., aunque esté muerta.

—Háblame —dijo mañosamente Lennie—, háblame... como lo hacías antes.

—¿Que te hable de qué?

—De los conejos.

George replicó bruscamente:

—No me vas a engañar.

—Vamos, George —rogó Lennie—. Dímelo. Por favor, George. Como me lo dijiste antes.

—¿Te gusta mucho, eh? Bueno, te lo diré, y después comeremos...

Se hizo más profunda la voz de George. Recitó las palabras rítmicamente, como si las hubiera dicho muchas veces ya.

—Los hombres como nosotros, que trabajan en los ranchos, son los tipos más solitarios del mundo. No tienen familia. No son de ningún lugar. Llegan a un rancho y trabajan hasta que tienen un poco de dinero, y después van a la ciudad y malgastan su dinero, y no les queda más remedio que ir a molerse los huesos en otro rancho. No tienen nada que esperar del futuro.

Lennie estaba encantado.

—Eso es..., eso es. Ahora, explícame, cómo somos nosotros.

George prosiguió:

—Con nosotros no pasa así. Tenemos un porvenir. Tenemos alguien con quien hablar, alguien que piensa en nosotros. No tenemos que sentarnos en un café malgastando el dinero sólo porque no hay otro lugar adonde ir. Si esos otros tipos caen en la cárcel, pueden pudrirse allí porque a nadie le importa. Pero nosotros, no.

—¡Pero nosotros no! —interrumpió Lennie—. Y ¿por qué? Porque... porque yo te tengo a ti para cuidarme, y tú me

tienes a mí para cuidarte, por eso. —Soltó una carcajada de placer—. ¡Sigue ahora, George!

—Te lo sabes de memoria. Puedes decirlo solo.

—No, tú. Yo me olvido de algunas cosas. Cuenta cómo va a ser.

—Bueno. Algún día... vamos a reunir dinero y vamos a tener una casita y un par de acres de tierra y una vaca y unos cerdos y...

—Y viviremos como príncipes —gritó Lennie—. Y tendremos conejos. ¡Vamos, George! Cuenta lo que vamos a tener en la huerta y habla de los conejos en las jaulas y de la lluvia en el invierno

y la estufa, y háblame de la crema de la leche, tan espesa que apenas la podremos cortar. Cuéntamelo todo, George.

—¿Por qué no lo dices tú? Lo sabes todo.

—No..., dilo tú. No es lo mismo si hablo yo. Vamos..., George. ¿Cómo me vas a dejar que cuide de los conejos?

—Bueno. Vamos a tener una buena huerta y una conejera y gallinas. Y cuando lleguen las lluvias en el invierno, no diremos más que «al diablo con el trabajo», y haremos un buen fuego en la estufa y nos sentaremos y oiremos la lluvia cayendo sobre el techo...

¡Tonterías! —Sacó un cuchillo del bolsillo—. No tengo tiempo para hablar más.

Metió el cuchillo en la tapa de una de las latas de judías, la cortó y pasó la lata a Lennie. Luego abrió una segunda lata. De otro bolsillo sacó dos cucharas y pasó una a Lennie.

Se sentaron junto al fuego y se llenaron la boca con judías y masticaron poderosamente. Unas pocas judías se escaparon por un lado de la boca de Lennie y resbalaron por su barbilla. George lo apuntó con la cuchara.

—¿Qué vas a decir mañana cuando el patrón te pregunte algo?

Lennie dejó de masticar y tragó con fuerza. Se le contrajo la cara en su esfuerzo por concentrarse.

—Yo... yo no voy... a decir una palabra.

—¡Perfecto! ¡Eso es, Lennie! Tal vez estés mejorando. Cuando tengamos ese par de acres te dejaré cuidar los conejos, ya verás. Especialmente si recuerdas todo tan bien como ahora.

Lennie se atragantó de orgullo.

—Claro que puedo recordarlo —afirmó.

George lo señaló otra vez, blandiendo la cuchara.

—Oye, Lennie. Quiero que mires

bien dónde estamos. ¿Podrás acordarte de este sitio, verdad? El rancho queda a un cuarto de milla en esa dirección. Hay que seguir el río.

—Seguro —dijo Lennie—. De eso puedo acordarme. ¿No recordé que no tengo que decir una palabra?

—Claro que sí. Bueno, oye, Lennie... Si llegas a verte en aprietos, como siempre te ocurre, quiero que vengas a este lugar y te escondas en el matorral.

—Que me esconda en el matorral —repitió Lennie lentamente.

—Sí, que te escondas en el matorral hasta que venga yo. ¿Te acordarás de eso?

—Claro que sí, George. Esconderme en el matorral hasta que llegues.

—Pero no te vas a meter en ningún lío, porque entonces no te dejaré cuidar los conejos.

George arrojó la lata de judías vacía entre la maleza.

—No me voy a meter en líos, George. No voy a decir una palabra.

—Bueno. Trae tu hatillo junto al fuego. Va a ser agradable dormir aquí. Mirando el cielo, y las hojas. No avives el fuego. Deja que se vaya apagando.

Hicieron sus lechos en la arena y, al disminuir la llamarada de la hoguera, se hizo más pequeña la esfera de luz; las

curvadas ramas desaparecieron, y sólo un leve resplandor mostraba dónde estaban los troncos de los árboles. Desde la oscuridad llamó Lennie:

—George..., ¿estás dormido?

—No. ¿Qué quieres?

—Vamos a tener conejos de distinto color, George.

—Claro que sí —asintió George somnoliento—. Conejos rojos y azules y verdes, Lennie. Millones de conejos.

—Conejos muy peludos, George, como los vi en la feria de Sacramento.

—Claro, bien peludos.

—Porque lo mismo podría marcharme yo, George, y vivir en una

cueva.

—Lo mismo podrías irte al diablo —dijo George—. Cállate ya.

La luz roja se extinguió en las brasas. Desde la colina al otro lado del río aulló un coyote y un perro respondió desde lejos. Las hojas de sicomoro susurraron con la apagada brisa de la noche.

Capítulo 3

La casa de los peones era un largo edificio rectangular. Por dentro, las paredes estaban blanqueadas con cal y el piso no tenía pintura. En tres paredes había pequeñas ventanas cuadradas y en la cuarta una sólida puerta con cerrojo de madera. Contra las paredes se alineaban ocho camastros, cinco de ellos hechos ya con mantas y los otros tres con sus fundas de arpillera al aire. Sobre cada camastro estaba clavado un cajón de manzanas con la abertura hacia adelante de manera que formaba dos estantes para guardar los efectos

personales del ocupante de la litera. Y esos estantes se hallaban llenos de pequeños artículos, jabón y polvo de talco, navajas y esas revistas del Oeste que gustan leer los trabajadores de los ranchos, de las que se mofan y en las que creen en secreto. Y también había medicinas, frasquitos y peines; y de los clavos a los lados de los cajones colgaban unas pocas corbatas. Cerca de una de las paredes había una negra estufa de hierro fundido, cuya chimenea subía recta a través del techo. En el centro de la habitación se levantaba una gran mesa cuadrada cubierta de naipes, y a su alrededor se agrupaban cajones

para que se sentaran los jugadores.

A eso de las diez de la mañana el sol atravesaba con una brillante barra cargada de polvo una de las ventanas laterales, y las moscas entraban y salían del rayo de luz como estrellas errantes.

Se alzó el cerrojo de madera. Se abrió la puerta y entró un anciano alto, cargado de hombros. Vestía ordinaria ropa azul y llevaba una gran escoba en la mano izquierda. Detrás de él entró George y, detrás de George, Lennie.

—El patrón os esperaba anoche —dijo el viejo—. Se enojó como el diablo cuando no os vio esta mañana para ir a trabajar.

Señaló con el brazo derecho, y de la manga surgió una muñeca redonda como un palo, pero sin mano.

—Podéis ocupar aquellas dos camas —agregó, indicando dos camastros cerca de la estufa.

George se acercó a un camastro y arrojó sus mantas en el saco de arpillera lleno de paja que formaba el colchón. Miró el cajón de sus estantes y sacó de dentro una latita amarilla.

—¡Eh! ¿Qué diablos es esto?

—No sé —contestó el viejo.

—Aquí dice «mata positivamente piojos, cucarachas y otros insectos». Vaya condenada clase de camas que nos

dan, ¿verdad? No queremos bichitos de éstos.

El viejo peón movió la escoba y la sostuvo entre el codo y el cuerpo, mientras extendía la mano para tomar la lata. Estudió cuidadosamente la etiqueta.

—Te diré qué ocurre —dijo por fin —. El último que tuvo esta cama era un herrero..., un hombre condenadamente bueno, y el tipo más limpio que se pueda conocer. Solía lavarse las manos hasta después de comer.

—Entonces, ¿cómo tenía piojos?

George iba mostrando gradualmente su ira. Lennie puso su hatillo en el camastro vecino y se sentó. Miraba a

George con la boca abierta.

—Te lo explicaré —dijo el viejo—. Este herrero, un tal Whitey, era de esos que ponen veneno aun cuando no haya bichos, para estar seguros, ¿sabes? Te digo que en las comidas pelaba las patatas hervidas y les quitaba los puntitos, hasta los más pequeños, antes de comerlas. Y si le daban un huevo con una mancha roja, la quitaba. Al final se fue, a causa de la comida. Era un tipo así... muy limpio. Los domingos se vestía del todo, aunque no fuera a ninguna parte; hasta se ponía corbata, y después se quedaba sentado aquí.

—No me convence mucho —dijo

George con escepticismo—. ¿Por qué dices que se fue?

El viejo puso la lata amarilla en un bolsillo y se frotó las ásperas canas de la barba con los nudillos.

—Pues... el hombre.... se fue, simplemente, como todos. Dijo que era por la comida. Pero lo único que quería era irse. No dio más razones; la comida, nada más. Una noche dice «págueme», y ya está; se fue, como hacen muchos.

George levantó la arpillera del camastro y miró por debajo. Se inclinó para inspeccionar de cerca el colchón. Inmediatamente Lennie se levantó e hizo lo mismo con su cama. Por fin George

pareció satisfecho. Deshizo su hatillo y puso cosas en el estante, su navaja y su barra de jabón, su peine y el frasco de píldoras, el linimento y su muñequera de cuero. Luego hizo la cama, pulcramente, con sus mantas.

—Creo que el patrón vendrá pronto —continuó el viejo—. Se enojó mucho cuando no os vio esta mañana. Se metió aquí mientras estábamos tomando el desayuno y preguntó: «¿Dónde diablos están esos peones nuevos?». Y le armó una buena al peón del establo, también.

George alisó de una palmada una arruga de la cama y se sentó.

—¿Al peón del establo? —preguntó.

—Sí, claro. Es que el peón del establo es un negro.

—¿Negro, eh?

—Sí. Un buen tipo. Tiene la espalda torcida porque un caballo lo coceó. El patrón se las hace pasar buenas cuando se enoja. Pero al peón del establo no le importa nada. Lee mucho. Tiene libros en su habitación.

—¿Qué clase de tipo es el patrón? —preguntó George.

—Bueno... Bastante bueno. Se enoja mucho a veces, pero no es malo. Te diré... ¿Sabes qué hizo para Navidad? Trae una barrica de whisky y dice: «Bebed bien, muchachos. Sólo es

Navidad una vez al año».

—¡Diablos! ¿Una barrica entera?

—Sí, señor. ¡Dios, cómo nos divertimos! Aquella noche dejaron que el negro entrara aquí. Un mulero que había, un tal Smitty, se peleó con el negro. No lo hizo mal, tampoco. Los muchachos no le dejaban emplear los pies, y por eso el negro le ganó. Smitty aseguró que si le dejaban usar los pies podía matar al negro. Los muchachos dijeron que como el negro tiene la espalda rota, Smitty no podía usar los pies. —Hizo una pausa disfrutando con el recuerdo—. Después de eso, los muchachos fueron a Soledad y armaron

una buena. Yo no fui. Mi cuerpo ya no aguanta.

Lennie estaba terminando de hacer su cama. El cerrojo de madera se alzó otra vez y la puerta se abrió. Un hombrecillo recio apareció por la puerta. Vestía pantalones azules de grueso algodón, camisa de franela, chaleco negro desabrochado y abrigo también negro. Tenía los pulgares metidos bajo el cinturón, uno a cada lado de una cuadrada hebilla de acero. En la cabeza llevaba un sucio Stetson pardo, y calzaba botas de tacón alto con espuelas para demostrar que no era un mero trabajador.

El viejo de la escoba lo miró rápidamente luego se dirigió, arrastrando los pies, hacia la puerta, mientras con los nudillos se frotaba las patillas.

—Acaban de llegar estos dos —afirmó, y arrastrando los pies pasó junto al patrón y salió por la puerta.

El patrón entró en la estancia con los pasos breves, rápidos, del hombre de piernas cortas.

—Escribí a Murray y Ready que necesitaba dos hombres para esta mañana. ¿Tenéis las tarjetas de empleo?

George metió la mano en el bolsillo, sacó las tarjetas y las entregó al patrón.

—Murray y Ready —prosiguió el patrón— no tienen la culpa. Aquí dicen bien claro que tenían que venir a trabajar esta mañana.

George se miró los pies.

—El conductor del autobús nos jugó una mala pasada —explicó—. Tuvimos que caminar diez millas. Dijo que ya estábamos junto al racho, y no era así. No pudimos encontrar quien nos trajera esta mañana.

El patrón entrecerró los ojos.

—Bueno, tuve que mandar las cuadrillas con dos hombres menos. De nada vale que vayáis ahora; hay que esperar la comida.

Sacó del bolsillo la libreta en que apuntaba las horas de trabajo y la abrió por donde había un lápiz metido entre las hojas. George miró significativamente, con el ceño fruncido, a Lennie y Lennie asintió con la cabeza para indicar que comprendía. El patrón humedeció con la lengua la punta de lápiz.

—¿Cómo te llamas?

—George Milton.

—¿Y tú?

—Se llama Lennie Small —dijo George.

Los nombres quedaron inscritos en la libreta.

—Vamos a ver; hoy es veinte, el veinte a mediodía... —dijo cerrando la libreta—. ¿Dónde habéis estado trabajando últimamente?

—Cerca de Weed —respondió George.

—¿Tú también? —preguntó a Lennie.

—Sí, él también —se adelantó George.

El patrón apuntó con un dedo juguetón hacia Lennie.

—¿No es muy hablador, eh?

—No, no mucho, pero la verdad es que sirve para trabajar. Fuerte como un toro.

Lennie sonrió como para sus adentros.

—Fuerte como un toro —repitió.

George le miró con enojo, y Lennie bajó la cara avergonzado de haber olvidado sus indicaciones.

El patrón exclamó inesperadamente:

—¡Eh, Small!

Lennie levantó la cabeza.

—¿Qué es lo que sabes hacer?

Lleno de pánico, Lennie miró a George para que lo ayudara.

—Sabe hacer todo lo que le digan —explicó George—. Sabe conducir bien un tronco de mulas. Puede cargar bolsas, llevar una cosechadora. Puede

hacer de todo. Póngalo a prueba.

El patrón se volvió hacia George.

—Entonces ¿por qué no dejas que él me conteste? ¿Me queréis engañar, acaso?

George interrumpió con voz muy alta.

—¡Oh! No digo que sea inteligente. No lo es. Pero digo que para trabajar no hay quien le gane. Es capaz de cargar un fardo de doscientos kilos.

El patrón metió lentamente la libreta en el bolsillo. Enganchó los pulgares en el cinturón y guiñó un ojo hasta cerrarlo casi.

—Oye... ¿Qué papel juegas tú en

esto?

—¿Eh?

—Digo ¿qué es lo que ganas con este tipo? ¿Le quitas el sueldo?

—No, claro que no. ¿Por qué pregunta eso?

—Bueno, nunca he visto a un hombre preocuparse tanto por otro. Me gustaría saber qué interés tienes en esto, nada más.

George repuso:

—Es... es primo mío. Le prometí a su madre que lo cuidaría. Cuando era un niño, un caballo le coceó la cabeza. Pero no tiene nada. Sólo... que no es muy listo. Pero sabe hacer todo lo que

se le diga.

El patrón se volvió a medias para marcharse.

—Bueno; Dios sabe que no necesita mucho seso para cargar sacos de cebada. Pero no trates de engañarme, Milton. Me voy a fijar en todo lo que haces. ¿Por qué os fuisteis de Weed?

—Se acabó el trabajo —contestó George rápidamente.

—¿Qué trabajo era?

—Estábamos... estábamos cavando una zanja.

—Bien. Pero no trates de engañarme, porque no vas a ir a ningún lado. Ya he conocido muchos pillos.

Después de comer salid con las cuadrillas de peones. Están cargando cebada junto a la trilladora. Id con la cuadrilla de Slim.

—¿Slim?

—Sí. Un mulero, alto, grande. Ya lo veréis en la comida.

Se volvió de repente y se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir se dio la vuelta otra vez y miró durante un rato a los dos hombres.

Cuando se hubo apagado el sonido de sus pasos, George se encaró con Lennie.

—Así que no ibas a decir palabra. Ibas a tener bien cerrada esa tremenda

boca y me ibas a dejar hablar. Bien cerca estuvimos de perder el trabajo.

Lennie se miró desventuradamente las manazas.

—Lo olvidé, George.

—Sí, lo olvidaste. Siempre te olvidas, y yo tengo que sacarte del enredo. —Se sentó pesadamente en el camastro—. Ahora nos va a vigilar siempre. Tienes que guardarte bien de hacer disparates. Después de esto, vas a tener bien cerrada la boca.

Luego quedó en un malhumorado silencio.

—George.

—¿Qué te pasa ahora?

—Ningún caballo me coceó en la cabeza, ¿verdad, George?

—Más valdría que así hubiera sido —dijo George malvadamente—. Nos hubiéramos evitado muchos malos ratos.

—Dijiste que yo era primo tuyo, George.

—Bueno, eso es mentira. Y me alegro de que sea mentira. Si yo fuera pariente tuyo me pegaría un tiro.

Se interrumpió de pronto, se acercó a la puerta abierta y miró hacia afuera.

—Oye, ¿qué diablos estás escuchando ahí?

El anciano entró lentamente en el dormitorio. Tenía la escoba en la mano.

Pegado a sus talones caminaba penosamente un perro ovejero de hocico gris y pálidos, ciegos ojos viejos. El perro renqueó hacia un extremo de la habitación y se tendió, gruñendo suavemente para sus adentros y lamiéndose la piel enmarañada, comida por la sarna. El barrendero siguió mirándolo hasta que estuvo bien acostado.

—No estaba escuchando nada. Sólo me paré en la sombra para rascar al perro. Acabo de barrer el lavadero.

—No, estabas escuchando lo que decíamos —insistió George—. No me gustan los curiosos.

El anciano, incómodo, miró a George y a Lennie, y otra vez a George.

—Acababa de llegar —explicó—. No oí nada de lo que decíais. No me interesa nada de lo que decíais. En un rancho no se escucha lo que dicen los demás, ni se hacen preguntas.

—Claro que no —dijo George, algo apaciguado—. El que lo hace no dura mucho.

Pero la defensa del barrendero lo había tranquilizado.

—Entra y siéntate un minuto —invitó —. Ese perro es más viejo que el diablo.

—Sí. Lo tengo desde que era

cachorro. Cielos, era un buen ovejero cuando era joven.

Apoyó la escoba contra la pared y se frotó con los nudillos la mejilla erizada de canas.

—¿Qué te pareció el patrón? —preguntó.

—Bastante bien. Parece buen tipo.

—Es un buen tipo —convino el viejo—. Hay que saberlo llevar.

En este momento entró en el barracón de los peones un hombre joven; un hombre joven y flaco, de cara tostada, ojos pardos y la cabeza llena de apretados rizos. En la mano izquierda llevaba puesto un guante de trabajo y,

como el patrón, calzaba botas de tacón alto.

—¿Habéis visto a mi padre? —preguntó.

—Estuvo aquí hace un momento, Curley —repuso el barrendero—. Fue hacia la cocina, me parece.

—Veré si lo alcanzo —dijo Curley. Sus ojos recorrieron a los dos hombres nuevos y se detuvo. Miró fríamente a George y luego a Lennie. Sus brazos se doblaron gradualmente por los codos y sus manos se cerraron en dos puños. Tensó el cuerpo y asumió una actitud casi agazapada. Sus ojos eran a la vez calculadores y belicosos. Lennie se

retorció bajo esa mirada y movió nerviosamente los pies. Curley se le acercó con paso cauteloso.

—¿Sois los peones que esperaba mi padre?

—Acabamos de llegar —contestó George.

—Deja que hable el grandullón.

Lennie se encogió, incómodo, y George dijo:

—¿Y si no quiere hablar?

Curley giró el cuerpo como si hubiera recibido un latigazo.

—Por Dios, tiene que contestar cuando se le habla. ¿Para qué te metes?

—Viajamos juntos —le respondió

George fríamente.

—Ah, ¿conque es así?

George estaba tenso, inmóvil.

—Sí, es así.

Lennie miraba desconsolado a George esperando instrucciones.

—¿Y no dejas hablar al grandullón, verdad?

—Puede hablar, si le quiere decir algo. —Levemente, con un movimiento de cabeza, dio permiso a Lennie.

—Acabamos de llegar —se hizo eco Lennie, suavemente.

Curley le miró con fijeza.

—Bueno. La próxima vez contesta cuando te hable.

Se volvió hacia la puerta y se marchó, un poco doblados los codos aún.

George lo observó mientras se alejaba, y luego se volvió hacia el barrendero.

—Oye, ¿qué diablos le pasa a ese tipo? Lennie no le hizo nada.

El anciano miró cautelosamente a la puerta para asegurarse de que nadie le escuchaba.

—Es el hijo del patrón —contestó quedamente—. Es bastante peleón. Ha boxeado bastante. Es peso ligero, y bastante pendenciero.

—Está bien que sea peleón —

reconoció George— pero no tiene por qué meterse con Lennie. Lennie no le hizo nada. ¿Qué tenía contra Lennie?

El barrendero reflexionó un momento.

—Bueno..., te diré. Curley es como muchos otros hombres pequeños. Odia a los grandullones. No hace más que buscar las cosquillas a los grandullones. Como si se enojara con ellos porque él no es grande. Habrás conocido tipos así, ¿verdad? Siempre buscando pendencia.

—Claro —repuso George—. He visto muchos. Pero este Curley haría bien en no meterse con Lennie. Lennie no es un tipo peleador, pero ese imbécil

de Curley va a sentirlo mucho si se mete con Lennie.

—Bueno, Curley es muy pendenciero —repitió escépticamente el barrendero—. Nunca me pareció justo. Supongamos que Curley se pelea con un grandullón y le da una paliza. Todo el mundo dice que Curley es muy valiente. Y supongamos que vuelve a hacer lo mismo y el grandullón le da una paliza. Entonces todo el mundo dice que el grandullón debería pelearse con alguien de su tamaño y tal vez incluso lo vapulean entre todos. Nunca me pareció bien. Es como si Curley llevara siempre las de ganar.

George estaba vigilando la puerta. Con el tono de quien formula un presagio, dijo:

—Bueno, que se guarde de Lennie. Lennie no es un boxeador, pero es fuerte y rápido y no conoce leyes.

Se acercó a la mesa cuadrada y se sentó en uno de los cajones. Recogió algunos naipes y los barajó.

El viejo se sentó en otro cajón.

—No vayas a decirle a Curley nada de esto. Me mataría. A él no le importa nada. Nunca le van a pegar, porque su padre es el patrón.

George cortó el mazo de naipes y empezó a girar las cartas mirando cada

una y arrojándola después en una pila.

—Este Curley —opinó— parece un buen hijo de perra. No me gustan los hombrecitos malos.

—Me parece que últimamente se ha puesto peor —añadió el barrendero—. Se casó hace un par de semanas. Su mujer vive en la casa del patrón. Parece que Curley es más gallito desde que se casó.

—Tal vez quiere lucirse ante su mujer.

El barrendero continuó hablando, una vez encontrado el gusto a sus chismes.

—¿Viste ese guante que tenía en la

mano izquierda?

—Sí, lo vi.

—Bueno, ese guante está lleno de vaselina.

—¿Vaselina? ¿Por qué?

—Bueno, te diré... Curley dice que quiere tener esa mano suave para su mujer.

George estudió las cartas como absorto en ellas.

—Es una vergüenza que ande diciendo esas cosas —sentenció.

El viejo quedó tranquilo. Había obtenido de George una afirmación despectiva. Se sintió seguro ahora, y habló con mayor confianza.

—Espera a conocer a la mujer.

George cortó una y otra vez los naipes, y extendió un solitario, lentamente, con cuidado.

—¿Bonita? —preguntó como por casualidad.

—Sí. Bonita... pero...

George estudió sus naipes.

—Pero, ¿qué?

—Bueno..., anda buscando la ocasión.

—¿Sí? ¿Dos semanas de casada y anda buscando? Tal vez sea por eso que Curley está tan inquieto.

—Yo la he visto buscar a Slim. Slim es un mulero. Muy buen tipo. Slim no

necesita botas de tacón alto para manejar mulas. Yo la he visto buscar a Slim. Curley no lo sabe. Y la he visto buscar a Carlson.

George fingió falta de interés.

El barrendero se incorporó de su asiento.

—¿Sabes qué creo? —George no respondió—. Bueno, creo que Curley se ha casado con una... una cualquiera.

—No es el primero —comentó George—. Muchos se han visto en la misma situación.

El anciano se movió hacia la puerta; su pobre perro levantó la cabeza y espió a su alrededor, y por fin se puso

dolorosamente de pie para seguir al amo.

—Tengo que poner las palanganas para que se laven los muchachos. Las cuadrillas volverán dentro de poco. ¿Vais a cargar cebada?

—Sí.

—¿No le contarás a Curley nada de lo que te he dicho?

—No, ¡qué diablos!

—Bueno. Mírala bien, cuando la encuentres. Ya verás cómo es lo que yo digo.

El viejo atravesó el umbral hacia el sol brillante.

George tendió las cartas

pensativamente, dio vueltas a los grupos de tres naipes. Puso cuatro cartas de bastos sobre el as. El cuadrado de sol alcanzaba ya el piso y a través de él zigzagueaban las moscas como chispas. Un sonido de tintineantes arneses y el crujido de ejes muy cargados llegó desde afuera. En la distancia se oyó una clara llamada.

—¡Peón de establooo! ¡Peóoooon! —Y luego—: ¿Dónde diablos está ese condenado negro?

George observó las perspectivas de su solitario; luego juntó las cartas y se volvió a Lennie. Lennie estaba tendido en su camastro, mirándole.

—¡Oye, Lennie! Eso no me gusta. Tengo miedo. Te vas a meter en un lío con ese Curley. He conocido a otros como él. Te estuvo probando. Ahora cree que le tienes miedo, y en cuanto se le presente el momento te va a dar un puñetazo.

Lennie, con el temor asomando a sus ojos, se quejó:

—No quiero líos. No le dejes que me pegue, George.

George se levantó, fue hasta el camastro de Lennie y se sentó.

—Me indignan esos tipos. He visto a muchos como él. Como bien dijo el viejo, Curley no lleva nunca las de

perder. Siempre sale ganando. —Pensó un momento—. Si se mete contigo, Lennie, nos meterán en la cárcel. Puedes estar seguro. Es el hijo del patrón. Escucha, trata siempre de estar lejos de él, ¿oyes? No le hables nunca. Si se mete aquí, te vas al otro lado de la habitación. ¿Harás lo que te he dicho?

—No quiero líos —se lamentó Lennie—. Yo no le hice nada.

—Bueno, pero de nada te valdrá eso si Curley quiere hacerse el boxeador. Tienes que evitar que se meta contigo. ¿Te acordarás?

—Claro. No voy a decir ni media palabra.

Ahora era más fuerte el ruido de las cuadrillas que se acercaban: el estruendo de los grandes cascos en suelo duro, el rechinar de frenos y el tintineo de cadenas de tiro. Los hombres se llamaban unos a otros desde sus carros. George, sentado en el camastro junto a Lennie, frunció el ceño mientras pensaba. Éste preguntó tímidamente:

—¿No estás enojado, George?

—No estoy enojado contigo, no. Estoy enfadado por ese perro de Curley. Esperaba que podríamos reunir un poco de dinero..., tal vez cien dólares. —Su tono se hizo incisivo—. Tienes que mantenerte siempre lejos de Curley.

—Claro que sí, George. No voy a decir nada.

—No pelees, aunque te provoque... pero... si ese hijo de perra te da un puñetazo..., contéstale.

—¿Contestarle qué, George?

—Nada. No te preocupes. Ya te lo diré. Me dan rabia los tipos como ése. Escucha, Lennie: si te metes en un lío, ¿recuerdas lo que te dije que hicieras?

Lennie se incorporó apoyado en un codo. Su cara se contorsionó por el esfuerzo de pensar.

—Si me meto en un lío, no dejarás que cuide los conejos...

—No es eso lo que digo. ¿Recuerdas

dónde dormimos anoche? ¿Junto al río?

—Sí. Me acuerdo. ¡Claro que me acuerdo! Tengo que ir allí y esconderme en el matorral.

—Quédate escondido hasta que llegue yo. No dejes que nadie te vea. Ocúltate en el matorral junto al río. Ahora, repítelo.

—Me escondo en el matorral junto al río, en el matorral junto al río.

—Si te metes en un lío.

—Si me meto en un lío.

Afuera chirrió un freno de carro. La llamada se repitió:

—¡Peón de establoooo! ¡Eh! ¡Peóoooon!

George dijo:

—Repítelo en voz baja, Lennie, hasta que no lo olvides.

Los dos hombres alzaron la vista porque se había cortado el rectángulo de sol en la puerta. Estaba allí, de pie, una mujer, mirando hacia adentro. De labios llenos, pintados, y ojos muy separados, intensamente maquillados. Llevaba las uñas pintadas de rojo. El cabello le colgaba en rizos largos, como salchichas. Llevaba un vestido de diario, de algodón, y chinelas rojas en cuyo empeine lucían ramilletes de rojas plumas de avestruz.

—Estoy buscando a Curley —dijo.

Su voz tenía una cualidad nasal, quebradiza.

George retiró la vista de la mujer, y luego volvió a mirarla.

—Estuvo aquí hace un minuto, pero se fue.

—¡Oh!

Puso las manos detrás de la espalda y se apoyó contra el marco de la puerta de modo que las formas de su cuerpo se insinuaron a través de la ropa.

—¿Sois esos dos peones nuevos que acaban de llegar, eh?

—Sí.

Los ojos de Lennie recorrieron el cuerpo de la mujer y, aunque ella

parecía no advertirlo, se irguió un poco. Mientras se miraba las uñas, explicó:

—A veces Curley está aquí dentro.

—Bueno, pero ahora no está —interrumpió George bruscamente.

—Si no está, creo que será mejor buscarlo en otra parte —se expresó juguetona la mujer.

Lennie la miraba, fascinado. George dijo:

—Si lo veo, le diré que usted lo andaba buscando.

Sonrió ella sutilmente y dobló el cuerpo.

—Nadie se va a enfadar porque lo busquen —se le ocurrió.

Detrás de ella se escucharon unos pasos que seguían de largo. La mujer volvió la cabeza.

—Hola, Slim —saludó.

La voz de Slim llegó desde fuera.

—Hola.

—Estoy buscando a Curley, Slim.

—Sí, pero no lo busca con muchas ganas. Acabo de verlo entrando en su casa.

La mujer pareció aprensiva de pronto.

—Hasta luego, muchachos —saludó hacia el interior del barracón, y se alejó a toda prisa.

George volvió la mirada hacia

Lennie.

—Jesús, qué pieza —comentó—. Así que eso es lo que buscó Curley como mujer.

—Es bonita —abogó Lennie.

—Sí, y no intenta ocultarlo. Curley va a tener trabajo. Apuesto a que ella lo dejaría plantado por veinte dólares,

Lennie seguía mirando la puerta donde había estado la mujer.

—¡Dios, qué bonita!

Sonrió admirado. George le echó una rápida mirada, y luego lo cogió por una oreja y lo sacudió.

—Oye lo que te digo, imbécil —le espetó con fuerza—. No vayas a mirar

siquiera a esa perra. No me importa lo que diga o lo que haga ella. Las he conocido peligrosas, pero jamás he visto veneno como ésta. Es un cebo para la cárcel. Déjala tranquila.

Lennie trató de liberar su oreja.

—Yo no hice nada, George.

—No, nada. Pero cuando estaba ahí en la puerta enseñando las piernas, tú no mirabas para otro lado, ¿eh?

—No quise hacer mal, George. De veras.

—Bueno, guárdate de ella, porque es una señal de peligro. Deja que Curley se las entienda solo. El mismo se tragó el anzuelo. Guante lleno de vaselina —

agregó George asqueado—. Y apostaría a que come huevos crudos y encarga tónicos por carta.

Lennie exclamó de pronto:

—No me gusta este lugar, George. No es un buen sitio. Quiero irme de aquí.

—Tenemos que aguantar hasta que consigamos dinero. No podemos remediarlo, Lennie. Nos iremos tan pronto como podamos. Tampoco a mí me gusta esto. —Volvió a la mesa y colocó las cartas para un nuevo solitario —. No —insistió—. No me gusta. Ahora mismo me iría. En cuanto podamos juntar apenas unos dólares, nos iremos a

río Americano a recoger oro. Allí podremos ganar un par de dólares por día, y quizás encontrar un depósito de pepitas.

Lennie se inclinó ansiosamente hacia él.

—Vamos, George. Salgamos de aquí ahora. Este sitio no es bueno.

—Tenemos que quedarnos —afirmó George secamente—. Cállate ahora. Los trabajadores llegarán de un momento a otro.

Del lavadero cercano llegaba el ruido de agua y de recipientes en movimiento. George estudió sus cartas.

—Tal vez tendríamos que lavarnos –

dijo—. Pero no hemos hecho nada que ensucie.

Un hombre alto apareció en el umbral. Tenía un Stetson sujeto bajo el brazo, mientras se peinaba hacia atrás el cabello largo, negro, húmedo. Como los demás, vestía pantalones téjanos y una chaqueta corta de estameña. Cuando hubo terminado de peinarse entró en la habitación y se movió con una majestad que sólo logran la realeza y los maestros artífices. Era un mulero, el primero del rancho, capaz de conducir diez, dieciséis, incluso veinte mulas con una sola rienda hasta el canal de agua. Era capaz de matar una mosca posada en el

anca de la mula de varas sin tocarle la piel. Había una gravedad en sus maneras y una calma tan profunda que toda charla se interrumpía cuando él hablaba. Tan grande era su autoridad, que se aceptaba como definitiva su opinión sobre cualquier tema, fuera de política o de amor. Éste era Slim, el mulero. Su cara enjuta no tenía edad. Podría contar treinta y cinco o cincuenta años. Su oído escuchaba más de lo que se le decía, y su palabra tarda tenía tonos ocultos, no de pensamiento sino de una comprensión más allá del pensamiento. Sus manos, grandes y delgadas, eran de movimientos tan delicados como los de

una danzarina de templo.

Ajustó el aplastado sombrero, le hizo un surco en el medio y se lo puso. Miró bondadosamente a los dos hombres que había en el cuarto.

—Hay más luz que el diablo ahí fuera —dijo suavemente—. Apenas puedo ver ahora. ¿Vosotros sois los nuevos?

—Acabamos de llegar —contestó George.

—¿Vais a cargar cebada?

—Eso es lo que dice el patrón.

Slim se sentó en un cajón frente a la mesa, al otro lado de George. Estudió con atención el solitario, a pesar de que

las cartas estaban al revés para él.

—Espero que vayáis en mi cuadrilla —continuó. Su voz era muy suave—. Tengo en la cuadrilla un par de idiotas que no distinguen un saco de cebada de una planta de cardo. ¿Habéis cargado cebada alguna vez?

—Uuuf, sí —asintió George—. Yo no puedo cacarear mucho, pero este grandullón puede cargar más sacos de cereal él solo que cualquier par de hombres.

Lennie, que había seguido la conversación de uno a otro hombre con los ojos, sonrió complacido por el halago. Slim miró con aprobación a

George por haber hecho el halago. Se inclinó sobre la mesa e hizo chasquear la punta de un naipe suelto.

—¿Viajáis juntos? —Era amistoso su tono. Invitaba a la confidencia, sin exigirla.

—Claro —repuso George—. Nos cuidamos el uno del otro. —Indicó a Lennie con el pulgar—. Él no es muy inteligente. Sin embargo, trabaja como un diablo. Es un buen tipo, pero no tiene sesos. Hace tiempo que lo conozco.

Slim miró a George, a través de él, más allá de él.

—No hay muchos hombres que viajen juntos —musitó—. No sé por

qué. Quizás todos tienen miedo de todos los demás en este condenado mundo.

—Es mucho mejor viajar con un amigo —opinó George.

Un hombre fuerte, de barriga prominente, entró en la casa de los peones. Todavía le chorreaba de la cabeza el agua del lavado.

—Hola, Slim —saludó; luego se detuvo y miró a George y Lennie.

—Estos dos acaban de llegar —explicó Slim a manera de presentación.

—Mucho gusto —dijo el hombre—. Carlson, para serviros.

—Yo soy George Milton. Este otro es Lennie Small.

—Mucho gusto —repitió Carlson—. Quería preguntarte, Slim..., ¿cómo está la perra? Vi que no iba con tu carro esta mañana.

—Tuvo cría anoche —informó Slim—. Nueve cachorros. Ahogué cuatro en seguida. No podría criar tantos.

—¿Quedan cinco, eh?

—Sí, cinco. Le dejé los más grandes.

—¿Qué clase de perros van a ser?

—No sé —repuso Slim—. Una especie de ovejeros, supongo. Ésos eran los que más rondaban por aquí cuando la perra estaba en celo.

Carlson siguió:

—Cinco cachorros, ¿eh? ¿Te los vas a quedar?

—No sé. Tendré que dejarlos un tiempo para que mamen la leche de Lulú.

Carlson agregó pensativamente.

—Bueno, mira, Slim. He estado pensando. Ese perro de Candy está ya tan viejo que apenas puede caminar. Apesta como el diablo, además. Cada vez que entra aquí el olor permanece durante dos o tres días. ¿Por qué no convences a Candy para que mate a ese perro y le regalas a cambio uno de los cachorros para que lo críe? Ese perro apesta; puedo olerlo a una milla. No le

quedan dientes, está casi ciego, no puede comer. Candy le da leche. No puede masticar.

George había estado mirando fijamente a Slim. De pronto comenzó a repicar afuera un triángulo, lento al principio y cada vez más rápido luego, hasta que el repiqueteo desapareció para ser un único sonido continuo. Cesó tan pronto como había comenzado.

—Ahí está —anunció Carlson.

Fuera hubo un estallido de voces al pasar de largo un grupo de hombres.

Slim se incorporó lentamente y con dignidad.

—Deberíais venir mientras queda

algo que comer. No va a quedar nada dentro de un par de minutos.

Carlson se echó hacia atrás para dejar que Slim le precediera, y entonces los dos salieron por la puerta.

Lennie miraba a George lleno de excitación. George juntó sus naipes en un confuso montón.

—Sí, sí —dijo—. Ya lo he oído, Lennie. Le pediré uno.

—Uno blanco y pardo —exclamó Lennie.

—Vamos. Tenemos que ir a comer. No sé si tendrá uno de ese color.

Lennie no se movió de su camastro.

—Pídeselo en seguida, George, para

que no mate ninguno de los que quedan.

—Claro. Vamos, ahora, ¡fuera de esa cama!

Lennie se deslizó de su camastro y se puso de pie, y los dos caminaron hacia la puerta. Cuando llegaban a ella, Curley apareció repentinamente.

—¿Habéis visto a una chica por aquí? —preguntó iracundo.

—Hace como media hora, tal vez —contestó George fríamente.

—¿Qué demonios estaba haciendo?

George permaneció quieto, vigilando al hombrecito iracundo. Por fin repuso, insultante:

—Dijo... que lo estaba buscando a

usted.

Curley pareció ver por primera vez a George.

Sus ojos relampaguearon sobre él, midiendo su estatura, el alcance de sus brazos, su pecho recio.

—Bueno, ¿para dónde fue? —inquirió al fin.

—No sé —respondió George—. No la miré cuando se iba.

Curley frunció el ceño, giró en redondo y se alejó presuroso.

—Sabes, Lennie —dijo George—, tengo miedo de pelearme yo mismo con ese perro. Lo odio. ¡Jesucristo! Vamos. Ya no quedará nada para comer.

Salieron del edificio. El sol trazaba una fina línea bajo la ventana. De la distancia llegaba un ruido de platos.

Al cabo de un momento el perro viejo entró renqueando por la puerta. Miró a su alrededor con ojos dulces, semiciegos. Husmeó, luego se tendió y puso la cabeza entre las patas. Curley apareció otra vez por la puerta y echó una mirada dentro del cuarto. El perro alzó la cabeza, pero cuando Curley se alejó, la enmarañada cabeza se hundió otra vez hasta el piso.

Capítulo 4

Aunque se veía el resplandor del atardecer por las ventanas del barracón de peones, dentro estaba oscuro. Por la puerta abierta llegaban los golpes sordos y los ocasionales tañidos de un juego de herraduras, y de vez en cuando el sonido de voces elevadas para aprobar o mofarse, según la jugada.

Slim y George entraron juntos en el cuarto a oscuras. Slim estiró un brazo sobre la mesa de los naipes y encendió la lamparilla eléctrica con pantalla de lata. Instantáneamente la mesa quedó brillante de luz y el cono de la pantalla

proyectó hacia abajo su claridad, dejando aún a oscuras los rincones del cuarto. Slim se sentó en un cajón y George tomó el lugar opuesto.

—No es nada —dijo Slim—. De todos modos iba a ahogar a casi todos. No tienes por qué darme las gracias.

—Tal vez no sea mucho para ti —admitió George— pero para él es una gran cosa. Por Dios, no sé cómo vamos a conseguir que duerma aquí. Querrá ir a acostarse en el granero con los perros. Nos costará mucho impedir que se meta en el cajón con esos cachorros.

—No es nada —repitió Slim—, Oye, la verdad es que tenías razón sobre

ese hombre. Tal vez no sea inteligente, pero jamás he visto otro que trabajara como él. Por poco mata a su compañero, de tanto cargar sacos. No hay nadie que pueda seguir su ritmo. Por Dios, nunca he visto otro tipo tan fuerte.

George habló orgullosamente.

—No hay más que decir a Lennie lo que debe hacer y lo hará, siempre que no tenga que pensar. No es capaz de pensar por su cuenta, pero sabe hacer lo que se le ordena.

Desde afuera llegó el tañido de una herradura sobre la estaca de hierro, y unas voces entusiastas.

Slim se echó levemente hacia atrás

para que no le diera la luz en la cara.

—Es raro cómo vais juntos tú y él. —Era una calmosa invitación a la confidencia.

—¿Qué tiene de extraño? —preguntó George a la defensiva.

—Oh, no sé. Casi todos viajan solos. Casi nunca he visto a dos hombres que viajen juntos. Ya sabes cómo son: aparecen en un rancho y les dan un camastro y trabajan un mes, y después se cansan y se van solos. Parece que nadie les importe. Por eso digo que es raro que un chiflado como él y un hombre tan listo como tú anden juntos.

—No, no es un chiflado —dijo

George—. Es imbécil como un burro, pero no está loco. Y yo tampoco soy tan listo, si lo fuera, no estaría cargando cebada por cincuenta dólares y la comida. Si fuera inteligente, si fuera tan sólo un poco listo, tendría mi granja, y estaría recogiendo mis cosechas, en lugar de hacer todo el trabajo y no poseer nada de lo que nace en la tierra.

George quedó en silencio. Quería hablar. Slim no lo alentaba ni lo desalentaba. Seguía sentado, echado hacia atrás, quieto y receptivo.

—No es tan raro que él y yo vayamos juntos —dijo por fin—. Los dos nacimos en Auburn. Yo conocía a la

tía de Lennie, Clara, que lo recogió cuando era un niño y lo crió. Cuando murió la tía Clara, Lennie vino conmigo a trabajar. Con el tiempo nos hemos acostumbrado el uno al otro.

—Ummm —hizo Slim.

George dirigió la vista a Slim y vio fijos en él sus ojos tranquilos, ojos de Dios.

—Es curioso —siguió George—. Yo solía divertirme como un condenado a costa de él. Solía jugarle malas pasadas, porque era demasiado tonto para darse cuenta. Pero era tan tonto que ni siquiera sabía que le habían hecho una broma. Demonios, cómo me divertía. Junto a él

me parecía que yo era el tipo más inteligente del mundo. ¿Y cómo no si hacía cualquier cosa que yo le dijera? Si le decía que saltara a un abismo, al abismo se tiraba. Pero al poco tiempo ya no era tan divertido. Y nunca se enfadaba conmigo. Le he pegado hasta cansarme, y él podría romperme todos los huesos del cuerpo con una sola mano, pero jamás alzó un dedo contra mí. —La voz de George iba tomando un tono de confesión—. Te contaré qué fue lo que me hizo cambiar. Un día estábamos con unos cuantos tipos junto al río Sacramento. Yo me creía muy listo. Me dirijo a Lennie y le digo:

«Salta al río». Y él se tiró. No sabía nadar en absoluto. Estuvo a punto de ahogarse antes de que lo sacáramos del agua. ¡Y me estaba tan agradecido por haberlo salvado! Se olvidó de que era yo quien le había dicho que se tirara al agua. Bueno, desde entonces no he vuelto a hacer cosas así.

—Es un buen tipo —admitió Slim—. No se necesitan sesos para ser bueno. A veces me parece que es más bien al contrario. Casi nunca un tipo muy listo es un hombre bueno.

George reunió las cartas dispersas y comenzó a extender su solitario. Afuera, las herraduras golpeaban en la tierra

dura. La luz del atardecer aún encendía las cuadradas ventanas.

—Yo no tengo familia —dijo George—. He visto a los peones que andan solos por los ranchos. Eso no está bien. No se divierten nada. Al poco tiempo se hacen ruines. Y siempre están queriendo pelear.

—Sí, se hacen ruines —convino Slim—. Tanto que con el tiempo no quieren hablar con nadie.

—Claro que Lennie es casi siempre un estorbo, un pelmazo —prosiguió George—. Pero uno se acostumbra a andar con otro tipo y ya no lo puede dejar.

—No es malo —opinó Slim—. Bien se ve que Lennie no es malo en absoluto.

—Claro que no es malo. Pero siempre está metiéndose en líos, porque es tan condenadamente estúpido... Como le pasó en Weed...

Se calló, detuvo la mano cuando había vuelto a medias una carta. Pareció alarmarse y miró fijamente a Slim.

—¿No se lo contarás a nadie?

—¿Qué hizo en Weed? —preguntó Slim calmosamente.

—¿No lo contarás?... No, claro que no lo vas a contar.

—¿Qué hizo en Weed? —preguntó otra vez Slim.

—Bueno vio a aquella chica con un vestido rojo. Es tan imbécil que quiere tocar todo lo que le gusta. Nada más que palparlo. Así que extiende la mano para tocar ese vestido, y la chica suelta un chillido, y Lennie se hace un lío y sigue agarrando el vestido porque es lo único en que puede pensar. Bueno, la chica grita y grita. Yo estaba cerca, y oí los chillidos, y voy corriendo, y para entonces Lennie tiene tal miedo que sólo puede pensar en no soltar a la chica. Le pegué en la cabeza con un palo de alambrada para hacer que la soltara. Estaba tan asustado que no soltaba el vestido. Y es tan fuerte como el diablo,

sabes.

Los ojos de Slim estaban fijos en George, sin parpadear. Asintió muy lentamente con la cabeza.

—¿Qué pasó entonces?

George construyó cuidadosamente la línea de cartas para su solitario.

—Bueno, la chica corre a decir a todos que han abusado de ella. Los hombres de Weed forman una partida para ir a linchar a Lennie. Entonces nos sentamos en una zanja de riego, bajo el agua, durante el resto del día. Apenas asomábamos la cabeza sobre el agua, escondidos bajo el pasto que crece al costado de la zanja. Y esa noche salimos

disparados de allí.

Slim guardó silencio durante un instante.

—¿No le hizo ningún daño a la chica, eh? —preguntó por fin.

—No, qué diablos. La asustó, nada más. Yo también me asustaría si me agarrara. Pero no le hizo daño. Sólo quería tocarle el vestido, del mismo modo que le gusta acariciar a esos cachorros.

—No es malo —volvió a opinar Slim—. A una legua de distancia se ve que no es malo.

—Claro que no, y es capaz de hacer cualquier cosa que yo...

Lennie entró por la puerta. Llevaba su chaqueta de estameña azul puesta sobre los hombros como una capa, y caminaba con el cuerpo muy inclinado.

—Hola, Lennie —dijo George—. ¿Qué te parece ahora el cachorro?

Lennie susurró sin aliento:

—Es blanco y pardo como yo quería.

Fue directamente al camastro y se tendió y volvió la cara hacia la pared y encogió las rodillas.

George puso lentamente las cartas sobre la mesa.

—Lennie —llamó con severidad.

Lennie dobló el cuello y miró por

encima del hombro.

—¿Eh? ¿Qué pasa, George?

—Ya te dije que no debías traer aquí ese cachorro.

—¿Qué cachorro, George? No tengo nada.

George fue velozmente hasta él, lo sujetó por el hombro y le hizo girar el cuerpo en el camastro. Se inclinó y recogió el cachorrito que Lennie había estado ocultando contra el estómago.

Lennie se sentó rápidamente.

—Dámelo, George.

—Te levantas en seguida y llevas el cachorro con los demás —ordenó George—. Tiene que dormir con la

madre. ¿Quieres matarlo? Acaba de nacer y ya lo quieres separar de la perra. Lo llevas de vuelta o le digo a Slim que no te lo deje tener.

Lennie extendió las manos suplicantes.

—Dámelo, George. Lo llevo en seguida. No quise hacer daño, George. Te juro que no. Sólo quería acariciarlo un poco.

George le entregó el cachorro.

—Está bien. Llévatelo en seguida y no lo saques más. En cuanto te descuides lo vas a matar.

Lennie salió corriendo.

Slim no se había movido. Sus ojos

tranquilos siguieron a Lennie mientras salía.

—¡Jesús! –exclamó—. Es como un niño, ¿verdad?

—Claro que es como un niño. Y no tiene nada de malo, como un niño, salvo que es tan fuerte. Apuesto a que no viene esta noche a dormir aquí. Se va a quedar a dormir junto al cajón en el granero. Bueno... no importa. Allí no va a hacer daño.

La oscuridad era casi total afuera. El viejo Candy, el barrendero, entró y fue a su camastro y detrás de él, trabajosamente, entró su viejo perro.

—Hola, Slim. Hola, George. ¿No

jugáis a las herraduras?

—No me gusta jugar todas las noches —repuso Slim.

—¿Alguno de vosotros tiene una gota de whisky? Me duele la barriga.

—Yo no tengo —contestó Slim—. Lo bebería yo, si tuviera, y no me duele nada.

—A mí me duele mucho —se quejó Candy—. Esos condenados nabos me hicieron daño. Sabía que me iban a hacer mal, aun antes de comerlos.

Carlson, el del grueso cuerpo, llegó del patio que ya estaba en penumbras. Caminó hasta el otro extremo del cuarto y encendió la segunda lamparilla.

—Esto está más oscuro que el infierno —comentó—. Por Dios, cómo ensarta herraduras ese negro.

—Juega muy bien —ponderó Slim.

—Ya lo creo —aprobó Carlson—. Nadie lo puede ganar.

Se detuvo y husmeó el aire y, husmeando todavía, bajó la mirada hacia el perro.

—Dios del cielo, cómo apesta ese perro. ¡Sácamelo de aquí, Candy! No hay nada que huela tan mal como un perro viejo. Tienes que llevártelo.

Candy giró hasta el borde de su camastro. Tendió una mano hacia abajo y palmeó al perro y luego pidió

disculpas:

—Estoy tanto con él que no me doy cuenta de que apesta.

—Bueno, pero yo no lo aguanto —dijo Carlson—. Ese olor queda aquí incluso después de haberse ido el perro.

Avanzó con los pasos de sus piernas pesadas y miró de cerca al perro.

—No tiene dientes —prosiguió—. Está todo él rígido a causa del reumatismo. No te sirve para nada, Candy. Y él sufre mucho. ¿Por qué no lo matas, Candy?

—Bueno..., ¡diablos! Hace tanto que lo tengo... Lo tengo desde que era cachorro... Cuidaba ovejas con él. —Y

agregó orgulloso—: Nadie lo creería al verlo ahora, pero este perro era el mejor ovejero que he visto nunca.

—En Weed —interrumpió George— conocí a un hombre que cuidaba ovejas con un ratonero. Había aprendido a trabajar viendo a los otros perros.

Carlson no iba a dejar que se alejaran del tema.

—Oye, Candy. Este perro no hace más que sufrir. Si lo llevaras afuera y le pegaras un tiro detrás de la cabeza... —se inclinó y señaló—, aquí mismo, no sentiría nada.

Candy miró a su alrededor con expresión de infortunio.

—No —repuso en tono débil—. No sería capaz. Lo tengo desde hace tiempo...

—Pero si no hace más que sufrir —insistió Carlson—. Y apesta como el infierno. Escucha lo que digo. Yo lo mataré. Así no serás tú quien lo haga.

Candy echó las piernas flacas fuera del camastro. Se rascó nerviosamente los blancos pelos de la mejilla.

—Estoy tan acostumbrado a tenerlo conmigo —dijo suavemente—. Desde que era un cachorro...

—Bueno, pero no le haces ningún favor dejándolo vivo —intervino de nuevo Carlson—. Oye, la perra de Slim

acaba de criar. Apuesto a que Slim te daría uno de los cachorros, ¿verdad, Slim?

El mulero había estado observando al viejo perro con sus ojos tranquilos.

—Sí —admitió—. Candy puede llevarse un cachorro, si quiere. —Pareció sacudirse para aclarar sus ideas y poder hablar—. Carlson tiene razón, Candy. Ese perro no hace más que sufrir. Yo desearía que alguien me pegara un tiro cuando llegase a ser viejo y tullido.

Candy le miró con desespero, porque las opiniones de Slim eran ley.

—Tal vez le duela —sugirió—. No me importa seguir cuidándolo.

—Del modo como lo voy a matar, no sentirá nada. Le pondré la pistola aquí mismo. —Señaló con la punta del pie—. Justo detrás de la cabeza. Ni siquiera se moverá.

Candy buscó ayuda de cara en cara. La oscuridad era ya total afuera. Un joven trabajador entró en la habitación. Sus hombros, caídos, estaban inclinados hacia adelante y caminaba pesadamente, sobre los talones, cómo si aún transportara el invisible saco de cereal. Fue hasta su camastro y puso su sombrero sobre el estante. Luego sacó del mismo una revista vulgar y la llevó hasta la luz, sobre la mesa.

—¿Te había enseñado esto, Slim? —preguntó.

—¿Qué?

El mozo abrió la revista por una de las últimas páginas, la puso sobre la mesa y señaló con el dedo.

—Aquí, lee esto.

Slim se inclinó sobre la mesa.

—Vamos —dijo el mozo—. Léelo en voz alta.

—«Señor director —leyó lentamente Slim—: Leo su revista desde hace seis años y creo que es lo mejor que se publica. Me gustan los cuentos de Peter Rand. Creo que es muy bueno. Sírvase publicar otros como el "Jinete

Enmascarado". Yo no escribo muchas cartas pero lo hago ahora sólo para decirle que su revista bien vale el dinero que cuesta.»

Slim alzó la mirada interrogativamente.

—¿Para qué me haces leer eso?

—Sigue —pidió Whit—. Lee el nombre que hay al pie.

—«Esperando que siga su buen éxito, William Tenner.» —De nuevo alzó la mirada hacia Whit—. ¿Para qué me haces leer eso?

Whit cerró significativamente la revista.

—¿No te acuerdas de Bill Tenner?

¿Uno que trabajó aquí hace cosa de tres meses?

Slim se quedó pensativo.

—¿Un tipo más bien pequeño? ¿Llevaba una cultivadora?

—Eso es —exclamó Whit—. ¡Es ése!

—¿Te parece que él escribió esa carta?

—Claro que sí. Bill y yo estábamos aquí un día. Le acababa de llegar una de estas revistas. Mientras la hojeaba me dijo: «Escribí una carta y no sé si estará aquí». Pero no estaba. Bill dice: «Tal vez la estén guardando para más adelante». Y así era. Ahí está la carta.

—Supongo que tenía razón —consintió Slim—. Se la publicaron.

George tendió la mano hacia la revista.

—¿Puedo verla?

Whit buscó la página de nuevo pero no soltó la revista. Señaló la carta con el índice. Y luego fue hasta su estante y guardó silenciosamente la revista.

—Quién sabe si Bill la habrá visto —dijo—. Bill y yo trabajábamos juntos en aquel campo de lino. Los dos manejábamos cultivadoras. Bill era un gran tipo.

Durante la conversación, Carlson se mantuvo sin intervenir. Había seguido

mirando al perro. Candy lo vigilaba con inquietud. Por fin Carlson volvió a hablar.

—Si quieres enviaré al pobre chucho al otro mundo ahora mismo. Ya no tiene sentido que siga viviendo. No puede comer, no ve, ni siquiera camina sin sufrir dolores.

Candy aventuró, esperanzado:

—No tienes con qué matarlo.

—Al cuerno, si no. Tengo una Luger. No va a sufrir nada.

—Tal vez mañana —aventuró Candy —. Esperemos a mañana.

—No veo por qué —cortó Carlson. Fue hasta su camastro, sacó un paquete

que había dejado y en su mano apareció una pistola Luger—. Acabemos de una vez. No podemos dormir con lo que apesta ese perro.

Se metió la pistola en el bolsillo trasero del pantalón. Candy miró largo rato a Slim intentando hallar una solución alternativa. Y Slim no se la dio. Por fin consintió Candy, suavemente, sin esperanzas:

—Está bien..., llévatelo.

Ni siquiera miró al perro. Se echó hacia atrás en su camastro, cruzó los brazos detrás de la cabeza y miró al techo.

Del bolsillo sacó Carlson una fina

correa de cuero. Se inclinó y la ató en torno al pescuezo del perro. Todos los hombres, menos Candy, lo miraban.

—Vamos, perrito. Vamos, perrito —dijo con suavidad. Y luego, disculpándose, hacia Candy—: No sentirá nada. —Candy no se movió. Carlson tironeó de la correa—: Vamos, perrito.

El perro se puso lentamente, tiesamente, de pie, y siguió a la correa que lo tironeaba con leve insistencia.

—Carlson —llamó Slim.

—¿Qué?

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Qué, Slim?

—Llévate una pala —indicó Slim brevemente.

—¡Ah, claro! Ya entiendo. —Y condujo al perro a la oscuridad.

George lo siguió hasta la puerta, la cerró y corrió el cerrojo de madera sin hacer ruido. Candy seguía rígidamente tendido en el lecho, mirando hacia arriba.

—Una de mis mulas —comentó Slim en voz muy alta— se ha partido un casco. Le tengo que poner algo de brea.

Se apagó el eco de su voz. Había silencio afuera. Murió el ruido de los pasos de Carlson. El silencio ocupó también la estancia. Y el silencio

duraba.

—Apuesto —exclamó George con una risita— que Lennie está metido en el granero con su cachorro. Ya no querrá venir aquí, ahora que tiene su perro.

—Candy —llamó Slim—: puedes quedarte con el cachorro que quieras.

Candy no respondió. Cayó otra vez el silencio sobre la estancia. Venía de la noche e invadía la estancia.

—¿Alguien quiere jugar unas manos conmigo? —invitó George mostrando los naipes.

—Yo jugaré un rato —asintió Whit.

Se sentaron ante la mesa, uno frente a otro, bajo la luz, pero George no

barajó los naipes. Chasqueó nerviosamente el borde del mazo, y el chasquido atrajo los ojos de todos los hombres presentes, de modo que dejó de hacerlo. Otra vez reinó el silencio en el cuarto. Pasó un minuto, y otro minuto. Candy seguía quieto, mirando al techo. Slim fijó los ojos en él por un momento y luego se miró las manos; sujetó una mano con la otra, y la mantuvo apretada. Se oyó un ruido, como si algún animal estuviera royendo, que venía de bajo el piso y todos los hombres miraron agradecidos hacia el lugar. Sólo Candy seguía contemplando el techo con ojos muy abiertos.

—Parece como si hubiera una rata por ahí —comentó George—. Tendríamos que poner una trampa.

—¿Por qué diablos tardas tanto? —estalló Whit—. Empieza a dar cartas, ¿quieres? Así no vamos a jugar nunca.

George barajó bien los naipes, los juntó y estudió el lomo. Otra vez se hizo el silencio en la habitación.

En la distancia sonó un disparo. Los hombres miraron rápidamente al anciano. Todas las cabezas se volvieron hacia él.

Por un instante Candy siguió mirando al techo. Luego se volvió lentamente en la cama y quedó de cara a

la pared, en silencio.

George barajó ruidosamente los naipes y repartió una mano. Whit tomó sus cartas y dijo:

—Parece que vosotros dos habéis venido a trabajar de veras.

—¿Por qué?

—Bueno —rió Whit—. Habéis venido un viernes. Tenéis que trabajar dos días hasta el domingo.

—No lo entiendo —dijo George.

Otra vez rió Whit.

—Ya lo entenderás cuando hayas trabajado un tiempo en estos ranchos grandes. El hombre que quiere ver cómo es el lugar llega el sábado por la tarde.

Le dan de comer el sábado por la noche y tres veces el domingo, y puede irse el lunes por la mañana, después del desayuno, sin haber trabajado ni un minuto. Pero vinisteis el viernes al mediodía. Lo hagáis como lo hagáis, tenéis que trabajar un día y medio.

George lo miró con fijeza.

—Vamos a quedarnos un tiempo aquí —aseguró—. Yo y Lennie vamos a ahorrar un poco de dinero.

La puerta se abrió silenciosamente y el peón del establo asomó la cabeza; una flaca cabeza negra arrugada por el dolor, pacientes los ojos.

—Señor Slim.

Slim apartó los ojos del viejo Candy.

—¿Eh? ¡Ah! Hola, Crooks. ¿Qué pasa?

—Me dijo usted que calentara la brea para el casco de esa mula. Ya está caliente.

—¡Ah, claro! Voy en seguida a curarla.

—Puedo hacerlo yo, si usted quiere, señor Slim.

—No. Iré a hacerlo yo mismo —agregó Slim, y se puso de pie.

—Señor Slim —volvió a llamar Crooks.

—Sí...

—Ese hombre grandote, el nuevo, está metiéndose con sus cachorros en el granero.

—Bueno, pero no hace daño alguno. Le regalé uno de los cachorros.

—Pensé que sería mejor que lo supiera usted. Los saca de la paja y los tiene en las manos de un lado para otro. Eso no les va a hacer bien.

—No les hará daño —repitió Slim—. Ahora voy contigo.

George alzó la vista.

—Si ese idiota molesta mucho, échalo a patadas, Slim.

Slim siguió al peón fuera de la estancia.

George dio cartas y Whit recogió las suyas y las estudió.

—¿Has visto ya a la nena nueva? —preguntó.

—¿Qué nena? —preguntó a su vez George.

—Pues la mujer de Curley.

—Sí, la he visto.

—Bueno, ¿no es una preciosidad?

—Tanto no he visto —repuso George.

Whit, visiblemente impresionado, dejó las cartas en la mesa.

—Bueno, quédate por aquí y ten bien abiertos los ojos. Ya verás bastante. Porque no esconde nada. Jamás he visto

una cosa igual. Está siempre echándole el ojo a alguien. Hasta creo que le echa el ojo al negro. No sé qué demonios quiere.

—¿Ha habido líos desde que llegó? —inquirió George como al descuido.

Era evidente que Whit no estaba interesado en sus cartas. Dejó que George recogiera las cartas y volviera a su lento solitario: siete cartas, y seis sobre ellas, y cinco sobre las seis.

—Ya entiendo lo que quieres decir —comentó Whit—. No, todavía no ha pasado nada. Curley está que se lo lleva todo por delante, pero eso es todo por ahora. Cada vez que los muchachos

están por aquí, se presenta ella. Anda buscando a Curley, o cree que se olvidó algo y lo quiere encontrar. Parece como si no pudiera estar lejos de unos pantalones. Y Curley está como si lo picaran las hormigas, pero todavía no ha pasado nada.

—Va a haber lío —opinó George—. Va a haber un tremendo lío por culpa de ella. Esa mujer es como un revólver con el gatillo listo. Ese Curley se ha metido en una buena. Un rancho con una cantidad de hombres como nosotros no es lugar para una mujer, sobre todo como ella.

—Ya que hablas así —dijo Whit—

harías bien en venir con nosotros al pueblo, mañana por la noche.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Lo de siempre. Vamos al local de Susy. Es un bonito sitio. La vieja Susy es muy graciosa, siempre bromeando. Como, por ejemplo, lo que dice cuando llegamos el sábado por la noche. Susy abre la puerta y grita por encima del hombro: «A ponerse las ropas, chicas; aquí viene la policía». Nunca dice palabrotas, tampoco. Tiene cinco mujeres en la casa.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó George.

—Dos y medio. Se puede echar un

trago por veinte centavos. Hay buenas sillas para sentarse, también. Si un tipo no quiere hacer nada, pues se sienta en una silla y toma dos o tres copas y pasa el rato hablando y a Susy no le importa nada. No es de las que andan insistiendo si uno no quiere hacer nada.

—Podría ir a echar un vistazo —dijo George.

—Claro, ven. Es condenadamente divertido; Susy no hace más que bromear. Como dijo una vez, dice: «He conocido personas que creen que tienen un establecimiento sólo porque han puesto una alfombra en el piso y una lámpara de seda sobre el fonógrafo».

Siempre habla así de la casa de Clara. Y dice también: «Yo sé lo que vienen a buscar ustedes. Mis chicas son limpias, y mi whisky no tiene agua –dice—. Si alguno de ustedes quiere ver una bonita lámpara de seda, y correr el riesgo de quemarse, ya sabe dónde tiene que ir». Y dice: «He visto a algunos que andan por ahí con las piernas torcidas porque les gusta ver bonitas lámparas».

—Clara es la dueña del otro local, ¿eh?

—Sí. Nunca vamos allí. Clara cobra tres dólares por cada uno, y treinta y cinco centavos por cada copa, y no es bromista como la otra. Pero Susy tiene

su casa bien limpia, y buenas sillas. Y no permite pelear allí adentro.

—Yo y Lennie estamos reuniendo dinero —dijo George—. Tal vez vaya con vosotros a tomar una copa, pero no voy a gastar dos y medio...

—Bueno, uno tiene que divertirse a veces.

La puerta se abrió y Lennie y Carlson entraron juntos. Lennie se acercó a su camastro y se sentó, tratando de no llamar la atención. Carlson metió la mano bajo su cama para sacar la bolsa. No miró hacia el viejo Candy, que seguía de cara a la pared. En la bolsa, Carlson encontró una lata de

aceite y un cepillito para limpiar la pistola. Los puso en la cama y luego sacó el arma del bolsillo, le quitó el cargador y extrajo de un golpe la bala de la recámara. Después se puso a limpiar el cañón con el cepillito cilíndrico. Cuando se oyó el chasquido del eyector de los proyectiles, Candy se volvió y miró un momento la pistola, antes de volverse otra vez hacia la pared.

Carlson dijo como por casualidad:

—¿Ha estado Curley por aquí?

—No —respondió Whit—. ¿Qué pasa con él?

Carlson miró guiñando un ojo el cañón de su arma.

—Anda buscando a la señora. Le vi dar vueltas y vueltas por fuera.

—Se pasa la mitad del tiempo —comentó Whit sarcásticamente— buscando a su mujer, y el resto del tiempo es ella la que lo busca.

Curley entró precipitadamente en el cuarto.

—¿Alguno de vosotros ha visto a mi mujer? —inquirió.

—No ha estado por aquí —repuso Whit.

Curley miró amenazadoramente en torno suyo.

—¿Dónde diablos está Slim?

—Ha ido al granero —informó

George—. Tenía que ponerle brea a una mula que se partió un casco.

Los hombros de Curley cayeron un poco y se echaron hacia atrás.

—¿Cuánto hace que se fue?

—Cinco, o diez minutos.

Curley salió de un salto y golpeó la puerta para cerrarla tras de sí.

Whit se puso de pie.

—Me parece que me gustaría ver eso —dijo—. Curley está volviéndose loco o no se metería con Slim. Y ese Curley es bueno para pelear, condenadamente bueno. Llegó a la final del campeonato nacional. Tiene recortes de diarios y todo. —Pensó un momento

—. Pero, de todos modos, haría mejor en dejar tranquilo a Slim. Nadie sabe qué es capaz de hacer Slim.

—¿Cree que Slim está con su mujer, verdad? —preguntó George.

—Eso parece —opinó Whit—. Claro que no es cierto. Al menos, no lo creo. Pero me gustaría ver la pelea, si se produce. Vamos...

—Yo me quedo aquí —se resistió George—. No quiero mezclarme en esto. Lennie y yo queremos juntar un poco de dinero.

Carlson terminó la limpieza de su pistola, guardó todo en la bolsa y colocó ésta bajo el camastro.

—Creo que yo voy a ver qué pasa —dijo.

Candy seguía muy quieto, y Lennie, desde su camastro, vigilaba cautelosamente a George.

Cuando Whit y Carlson se hubieron marchado y la puerta quedó cerrada tras ellos, George se volvió hacia Lennie.

—¿Qué te ocurre?

—No he hecho nada, George. Slim dice que por un tiempo es mejor que no ande tanto con esos cachorros. Slim dice que no les hace ningún bien; por eso vine aquí. Me he portado bien, George.

—Eso mismo te lo habría dicho yo —afirmó George.

—Bueno, yo no les hacía daño. No hice más que tener a mi perrito sobre las rodillas, y acariciarlo.

—¿Viste a Slim en el granero?

—Claro que lo vi. Me dijo que era mejor que no acariciase más al perro.

—¿Viste a esa mujer?

—¿La mujer de Curley?

—Sí. ¿La viste entrar en el granero?

—No. De todos modos nunca la he visto.

—¿No la has visto hablar con Slim?

—No, no. Ni siquiera estuvo en el granero.

—Bueno. Me parece que esos dos no van a ver ninguna pelea. Si ves

alguna pelea, no te metas.

—Yo no quiero peleas —susurró Lennie.

Se levantó de su camastro y se sentó a la mesa, frente a George. Casi automáticamente, George barajó los naipes y extendió su mano de solitario. Procedía con una lentitud deliberada, pensativamente.

Lennie tomó una carta y la miró detenidamente, luego la volvió y la miró de nuevo con expresión reconcentrada.

—Las dos mitades son iguales –dijo —. George, ¿por qué es igual de los dos lados?

—No sé. Así es como las hacen.

¿Qué hacía Slim en el granero cuando le viste?

—¿Slim?

—Claro. Me dijiste que estaba en el granero y que te dijo que no acariciaras tanto los cachorros.

—Ah, sí. Tenía una lata de brea y un pincel. No sé para qué.

—¿Estás seguro de que esa mujer no entró, igual que entró hoy aquí?

—No, no estuvo allí.

George suspiró.

—A mí, que me den un burdel en el pueblo. Allí puede ir uno y emborracharse y librarse de todo lo que le sobra en el cuerpo, y nada de líos. Y

uno ya sabe cuánto le va a costar. En cambio, estas otras son como sentarse en un barril de pólvora.

Lennie escuchaba sus palabras admirado y, al final, movió un poco los labios para seguir la charla. George continuó:

—¿Te acuerdas de Andy Cushman, Lennie? ¿Aquel que iba a la escuela?

—¿El hijo de aquella señora que hacía pasteles para todos los chicos? —preguntó Lennie.

—Sí, ese mismo. No te olvidas de nada si se trata de algo relacionado con comida.

George estudió cuidadosamente su

solitario. Puso un as separado de las demás cartas, y sobre él apiló un dos, un tres y un cuatro.

—Andy está en la cárcel ahora, y todo por culpa de una de estas mujeres.

Lennie tamborileó en la mesa con sus dedos.

—¿George?

—¿Eh?

—George, ¿cuánto tiempo va a pasar hasta que consigamos esos dos pedazos de tierra, para vivir como príncipes... y los conejos?

—No sé —repuso George—. Tenemos que juntar mucho dinero. Sé dónde hay un terreno que podríamos

conseguir, pero no lo regalan.

El viejo Candy se volvió lentamente en su cama. Tenía muy abiertos los ojos. Escrutó cuidadosamente a George.

—Cuéntame cómo va a ser, George —pidió Lennie.

—Ya te expliqué anoche cómo va a ser.

—Vamos... otra vez, George.

—Bueno, son unos diez acres —dijo George—. Hay un molino de viento. Hay una pequeña cabaña y un gallinero. Tiene cocina, huerta, cerezas, manzanas, melocotones, albaricoques y unas pocas fresas. Hay un espacio para cultivar alfalfa, y bastante agua para el riego.

Hay una pocilga para los cerdos...

—Y conejos, George.

—No, ahora no hay sitio para los conejos, pero no me costaría mucho construir algunas conejeras y tú podrías alimentar los conejos con alfalfa.

—Claro que sí —se animó Lennie —. Te apuesto lo que quieras a que puedo.

Las manos de George dejaron de trabajar con las cartas. Su voz se iba haciendo cada vez más cálida.

—Y podríamos tener unos cuantos cerdos. Yo podría hacer un ahumadero como tenía mi abuelo y, cuando matáramos un cerdo, podríamos ahumar

la panceta y los jamones, y hacer embutido y todo lo demás. Y cuando los salmones remontaran el río podríamos pescar más de cien y salarlos y ahumarlos. Podemos guardarlos para el desayuno. No hay nada más sabroso que el salmón ahumado. Cuando la fruta madurase, podríamos ponerla en latas..., y tomates, que son fáciles de conservar. Todos los domingos mataríamos un pollo o un conejo. Tal vez tengamos una vaca o una cabra, y la crema de la leche es tan, pero tan espesa, que para cortarla habrá que usar cuchillo.

Lennie lo miraba con ojos muy abiertos, y también el viejo Candy lo

miraba. Lennie preguntó suavemente.

—¿Podríamos vivir como príncipes?

—Claro —afirmó George—. Tendríamos toda clase de verduras, y si quisiéramos un poco de whisky podríamos vender unos huevos, o cualquier cosa, o un poco de leche. Viviríamos allí. Ésa sería nuestra casa. Nada de andar de un lado para otro y comer lo que nos da un cocinero japonés. No señor, tendríamos nuestra propia casa, y no dormiríamos en un barracón.

—Háblame de la casa, George —rogó Lennie.

—Claro, vamos a tener una casita,

con una habitación para nosotros. Una buena estufa de hierro y en invierno mantendremos el fuego siempre encendido. No es demasiada tierra, de modo que no tendremos que trabajar mucho. Quizás seis o siete horas por día. Pero se acabó lo de cargar sacos de cebada durante once horas cada día. Y cuando llegue la cosecha, allí estaremos nosotros para recogerla. Así sabremos qué resulta de lo que sembramos.

—Y los conejos —adelantó Lennie ansiosamente—. Yo los cuidaré. Cuéntame cómo voy a hacerlo, George.

—Claro, vas a ir al campo de alfalfa con un saco. Vas a llenar el saco y a

poner la alfalfa en las conejeras.

—Van a comer y comer, con esos dientes que tienen —dijo Lennie—. Yo les he visto hacerlo.

—Cada seis semanas, más o menos —prosiguió George—, las conejas van a parir, y tendremos conejos de sobra para comer y vender. Y tendremos unas palomas para que hagan nido y vuelen cerca del molino, como lo hacían cuando era pequeño. —Miró absorto la pared, por encima de la cabeza de Lennie—. Y todo sería nuestro, y nadie podría echarnos. Y si no nos gusta un tipo, podremos decirle «Váyase de aquí», y tendrá que irse, qué diablos. Y

si llega un amigo, tendremos un cama de más y le diremos: «¿Por qué no pasas la noche aquí?». Y se quedará con nosotros, qué diablos. Tendremos un perro de caza y un par de gatos, pero tienes que cuidar que esos gatos no maten a los conejitos.

Lennie respiró con fuerza.

—Déjalos que se acerquen a los conejos y les romperé el pescuezo. Les... los aplastaré con un palo.

Se calmó luego, pero continuó gruñendo para sus adentros y amenazando a los futuros gatos que se atrevieran a molestar a los futuros conejos.

George quedó absorto, extasiado ante su propio cuadro.

Cuando Candy habló, los dos se sobresaltaron como si hubiesen sido sorprendidos en un acto reprobable. Candy preguntó:

—¿Sabes dónde hay un lugar así?

George se puso inmediatamente en guardia:

—Supón que sí lo sé. ¿Tú qué tienes que ver con esto?

—No necesitas decirme dónde está. Puede estar en cualquier parte.

—Claro —admitió George—. Es cierto. Por más que yo te indique, no lo podrías encontrar ni en cien años.

Candy prosiguió, excitado:

—¿Cuánto piden por un lugar así?

George lo miró con recelo.

—Bueno, yo... podría conseguirlo por seiscientos dólares. Los dos viejos que son los dueños no tienen un centavo, y la vieja tiene que operarse. Oye..., ¿qué te importa a ti esto? Tú no tienes nada que ver con nosotros.

—Yo no valgo mucho con una mano de menos —dijo Candy—. Perdí la mano aquí mismo, en este rancho. Por eso me dan este trabajo de barrer. Y me dieron doscientos cincuenta dólares por haber perdido la mano. Y tengo otros cincuenta ahorrados en el banco. Son

trescientos, y tengo que cobrar otros cincuenta a fin de mes. Escúchame... —Se inclinó ansiosamente hacia George—. Supón que yo fuera con vosotros. Aportaría trescientos cincuenta dólares. No sirvo de mucho, pero podría cocinar y cuidar las gallinas y encargarme de la huerta. ¿Qué te parece?

George entrecerró los ojos.

—Tengo que pensarlo. Siempre quisimos hacerlo los dos solos.

—Haré un testamento —aseguró Candy— y dejaré mi parte a los dos en caso de que muera porque no tengo parientes ni nada. ¿Tenéis algo de dinero? Quizás podríamos comprar la

finca ahora mismo.

George escupió en el suelo para mostrar su disgusto.

—Tenemos diez dólares entre los dos. —Pero luego pensativamente, agregó—: Escucha. Si yo y Lennie trabajamos un mes y no gastamos nada, tendremos cien dólares. Serían cuatrocientos cincuenta dólares entre todos. Creo que con eso podríamos pagar la mayor parte. Entonces tú y Lennie podríais ir y empezar a trabajar, y yo conseguiría un empleo para poder pagar el resto, y vosotros podrías vender huevos y cosas así.

Todos quedaron en silencio. Se

miraron uno a otro atónitos. Se estaba convirtiendo en realidad aquello en lo que nunca habían creído realmente. George dijo con reverencia:

—¡Cielo santo! Creo que podríamos comprar el campo.

Tenía los ojos como fascinados.

—Creo que podemos comprarlo —repitió suavemente.

Candy se sentó en el borde de su camastro. Se rascó nerviosamente el muñón del brazo.

—Hace ya cuatro años que perdí la mano —dijo—. Muy pronto me van a echar. En cuanto vean que no sirvo para barrer, me dejarán sin trabajo. Tal vez si

os doy mi dinero me dejaréis trabajar en la huerta, incluso después de que no pueda moverme de viejo. Y lavaré los platos y atenderé a las gallinas, y haré trabajillos por el estilo. Pero estaré en nuestra propia casa, y podré trabajar nuestra propia tierra. —Y agregó lastimosamente—: ¿Habéis visto lo que han hecho con mi perro? Dicen que no servía para nada. Cuando me echen, desearía que alguien me pegara un tiro. Pero no lo van a hacer. No tendré adonde ir, ni podré conseguir trabajo... Habré cobrado otros treinta dólares para cuando os vayáis.

George se puso de pie.

—Lo haremos –afirmó—. Arreglaremos todo e iremos a vivir allí.

Volvió a sentarse. Todos quedaron quietos, todos subyugados por la belleza del plan, ocupada cada mente en imaginar ese futuro en que su sueño se haría realidad.

George exclamó maravillado:

—Imaginaos que llega un circo al pueblo o que hay una fiesta, o un partido de pelota, o cualquier cosa.

El viejo Candy asintió silenciosamente, apreciando la idea.

—Pues iríamos y nada más —prosiguió George—. A nadie le pediríamos permiso. Diríamos «vamos

al pueblo», e iríamos sin más. No tendríamos más que ordeñar la vaca y tirar un poco de comida a los pollos...

—Y poner un poco de hierba para los conejos —interrumpió Lennie—. Yo no me olvidaré nunca de darles de comer. ¿Cuándo podremos hacerlo, George?

—Dentro de un mes. Dentro de un mes, ni más ni menos. ¿Sabéis lo que voy a hacer? Voy a escribir a los viejos para decirles que les compraremos el campo. Y Candy les enviará cien dólares como paga y señal.

—Claro que sí —confirmó Candy—. ¿Hay una buena cocina?

—Claro. Hay un agradable fogón que funciona con carbón o leña.

—Yo voy a llevar mi cachorro —terció Lennie—. Apuesto a que le gustará estar allí, por Dios.

Unas voces se acercaban a la puerta.

—No se lo contéis a nadie —recomendó George rápidamente—. Lo sabremos nosotros tres y nadie más. Son capaces de echarnos para que no podamos juntar el dinero. Vamos a seguir actuando como si tuviéramos que cargar cebada el resto de la vida, y un día, de repente, cobraremos el sueldo y nos marcharemos.

Lennie y Candy asintieron, sonriendo

con deleite.

—No se lo contéis a nadie... —repitió Lennie para sí.

—George —llamó Candy.

—¿Eh?

—Debería haber matado a ese perro yo mismo, George. No debí dejar que un extraño matara a mi perro.

Se abrió la puerta. Slim entró, seguido por Curley, Carlson y Whit. Slim tenía las manos negras de brea y el ceño fruncido de enojo. Curley lo seguía, pegado a un codo.

—Bueno, Slim —dijo Curley—, no quise decir nada malo. Sólo preguntaba.

—Bueno —contestó Slim—, ya ha

preguntado demasiado. Me estoy hartando de tantas preguntas. Si no puede cuidar a esa condenada mujer, ¿qué quiere que haga yo? Déjeme en paz.

—Sólo intentaba decirte que no quise molestarte —insistió Curley—. Sólo creí que tal vez la habrías visto.

—¿Por qué no le manda que se quede en su casa, donde debería estar? —reprochó Carlson—. Si la deja andar entre los peones, no pasará mucho tiempo antes de que se encuentre en un buen apuro.

Curley giró velozmente sobre sus talones para mirar a Carlson.

—Tú no te metas en esto, a menos que quieras ir fuera.

Carlson rió.

—Usted es un condenado cobarde —repuso—. Quiso asustar a Slim, y no lo consiguió. Slim fue quien lo asustó a usted. Es más cobarde que un sapo. Me tiene sin cuidado que sea el mejor peso ligero del país. Métase conmigo y le arrancaré la cabeza a puntapiés.

Candy se sumó al ataque con alegría.

—¡Guante lleno de vaselina! —exclamó como asqueado.

Curley lo miró con rabia. Pero sus ojos pasaron sobre él y se fijaron en Lennie; y Lennie sonreía todavía del

deleite imaginando los detalles de su próximo hogar.

Curley se acercó a Lennie como un perro ratonero.

—¿De qué diablos te ríes?

Lennie lo miró tontamente.

—¿Eh?

Entonces estalló la ira de Curley.

—Vamos, hijo de perra. Levántate. No voy a dejar que un hijo de mala madre, por grande que sea, se ría de mí. Te voy a enseñar quién es el cobarde.

Lennie miró a George con desespero, y luego se incorporó e intentó retroceder. Curley se balanceaba sobre sus pies, dispuesto ya. Castigó a

Lennie con la izquierda, y luego descargó la derecha en su nariz. Lennie dio un grito de terror. Le brotó sangre de la nariz.

—George —gritó—. Dile que me deje en paz, George.

Retrocedió hasta quedar contra la pared, y Curley siguió, golpeándole el rostro. Lennie conservaba las manos a los costados; estaba demasiado aterrorizado para intentar defenderse.

George se había puesto de pie y gritaba:

—Dale, Lennie. No dejes que te pegue.

Lennie se cubrió la cara con sus

enormes manos y chilló aterrorizado.

—Dile que pare, George.

Entonces Curley le atacó en el estómago, y le cortó la respiración.

Slim se irguió de un salto.

—El muy cobarde –gritó—. Ya me encargaré yo de él.

Pero George extendió una mano y contuvo a Slim.

—Espere un minuto —exclamó. Formó con las dos manos una bocina en torno a la boca y gritó:

—Golpéale, Lennie.

Lennie se quitó las manos de la cara y buscó a George con la mirada, y Curley le castigó los ojos. La enorme

cara estaba cubierta de sangre. George gritó otra vez:

—Te dije que le dieras.

Curley estaba balanceando el puño cuando Lennie se lo tomó. Al instante Curley saltaba como un pez prendido de un anzuelo, perdido su puño en la gran mano de Lennie. George corrió a través del cuarto.

—Suéltalo, Lennie. Suéltalo.

Pero Lennie miraba horrorizado al vencido hombrecito a quien tenía en su poder. Le corría la sangre por la cara; tenía un ojo herido y cerrado por la hinchazón. George le pegó una y otra vez en la cara con la palma de la mano

abierta, pero Lennie seguía apretando el puño prisionero. Curley estaba pálido y encogido ahora, y su forcejeo se había debilitado. Estaba llorando, perdido su puño en la manaza de Lennie.

George gritaba y gritaba.

—Suéltale la mano, Lennie. ¡Suelta! Slim, ven a ayudarme mientras todavía le quede algo de mano a ése.

De pronto Lennie aflojó la presión de su garra. Se quedó encogido, acobardado, junto a la pared.

—Tú me lo dijiste, George —se excusó lastimosamente.

Curley se sentó en el suelo, mirando con extrañeza su mano aplastada. Slim y

Carlson se inclinaron sobre él. Luego Slim se enderezó y miró a Lennie horrorizado.

—Tenemos que llevarle a un médico. Me parece que tiene todos los huesos de la mano hechos pedazos.

—Yo no quise hacerle daño —lloriqueó Lennie—. No quise lastimarlo.

—Carlson —indicó Slim—, engancha el carro de las provisiones. Lo llevaremos a Soledad y haremos que lo curen.

Carlson salió de prisa. Slim se volvió hacia el lloroso Lennie.

—Tú no tuviste la culpa —dijo—. Ese tipo se la estaba buscando. Pero,

¡Jesús!, casi no le queda mano.

Slim salió y casi inmediatamente regresó con un cazo de lata lleno de agua. Lo acercó a la boca de Curley.

George preguntó:

—Slim, ¿nos echarán ahora? Necesitamos el dinero. ¿Nos echará el padre de Curley?

Slim sonrió con acritud. Se arrodilló junto a Curley.

—¿Le queda sentido bastante para escuchar?

Curley asintió.

—Bueno, escuche entonces —prosiguió Slim—. Me parece que se ha aplastado la mano en una máquina. Si no

dice a nadie qué le ha pasado, nosotros no vamos a contarlo. Pero haga el menor comentario o intente echar a este hombre, nosotros contaremos lo que pasó, y ya verá cómo se reirán de usted.

—No voy a contarlo —consintió Curley evitando mirar a Lennie.

Resonaron afuera las ruedas de un carro. Slim ayudó a Curley a ponerse de pie.

—Vamos, pues. Carlson lo va a llevar a un médico.

Acompañó a Curley hasta la puerta. El ruido de las ruedas murió a lo lejos. Al cabo de un momento, Slim entró de nuevo en el cuarto. Miró a Lennie,

agazapado todavía, lleno de temor, junto a la pared.

—Muéstrame las manos —pidió.

Lennie extendió las manos.

—Dios del cielo —exclamó Slim—, no me gustaría que te enfadaras conmigo.

—Lennie estaba asustado —interrumpió George—. Nada más. No sabía qué hacer. Ya te dije hoy que a nadie le conviene pelear con él. No, creo que se lo dije a Candy.

Candy asintió solemnemente.

—Así es. Esta misma mañana, cuando Curley se metió con tu amigo, me dijiste: «Mejor haría en no jugar con

Lennie, si sabe lo que le conviene». Eso fue lo que dijiste.

George se volvió hacia Lennie.

—Tú no tienes la culpa, Lennie. No tienes por qué asustarte más. Hiciste sólo lo que te dije. Tal vez será mejor que vayas al lavadero y te limpies la cara. Estás horrible.

Lennie sonrió con su boca magullada.

—Yo no quise hacerle daño —dijo. Caminó hacia la puerta, pero antes de cruzarla se volvió—. ¿George?

—¿Qué te pasa?

—¿Podré cuidar los conejos todavía?

—Claro. No has hecho nada.

—No quise hacerle daño, George.

—Bueno, sal de una vez y lávate esa cara.

Capítulo 5

Crooks, el peón negro, tenía su camastro en el cuarto de los arneses, un pequeño cobertizo que sobresalía de la pared del granero. A un lado del cuartito había una ventana cuadrada, con cuatro vidrios, y en el extremo opuesto una estrecha puerta, hecha con tablas, que daba al granero. El camastro de Crooks era un largo cajón lleno de paja, sobre el cual estaban extendidas sus mantas. De unas clavijas fijadas a la pared, junto a la ventana, colgaban rotos arneses en trámite de ser arreglados y tiras de cuero nuevo. Bajo la misma ventana, una

banqueta para las herramientas de talabartería, curvos cuchillos y agujas y ovillos de hebra de hilo, y un pequeño remachador de mano. Asimismo colgaban de las clavijas fragmentos de arneses, un collarín roto, que mostraba el relleno de crin, una pechera partida y una cadena de tiro con su forro de cuero también roto. Crooks tenía el cajón de manzanas que le servía de estante sobre el camastro, y en él se apilaban gran variedad de frascos de remedios, para él y para los caballos. Había latas de grasa para los arneses y una sucia lata de brea con su pincel asomando por el borde. Y dispersos por el piso muchos efectos

personales; porque Crooks, por vivir solo, podía dejar sus cosas sin cuidado, y por ser peón del establo y lisiado, era más fijo que los demás en el rancho y había acumulado más posesiones de las que podía transportar al hombro.

Crooks era dueño de varios pares de zapatos, unas botas de goma, un gran reloj despertador y una escopeta de un cañón. Y tenía también varios libros: un maltrecho diccionario y un estropeado y roto ejemplar del código civil de California de 1905. Había unas revistas muy gastadas y algunos libros sucios en un estante especial sobre el camastro. De un clavo en la pared, sobre la cama,

pendía un par de grandes anteojos con armazón de oro.

El cuarto estaba barrido y bastante limpio, porque Crooks era un hombre orgulloso, solitario. Guardaba las distancias, y exigía que los demás también lo hicieran. Su cuerpo estaba doblado hacia la izquierda a causa de una fractura de la columna vertebral, y sus ojos se ahondaban tanto en su cara, que por esa misma profundidad parecían resplandecer intensamente. Tenía el magro rostro surcado por hondas arrugas negras, y labios finos, estirados por el dolor, más pálidos que la cara.

Era sábado por la noche. A través de

la puerta que daba al granero llegaba el sonido de caballos en movimiento, de patas agitadas, de dientes mordiendo el heno, del rechinar de las cadenas de los ronzales. En el cuarto del peón, una lamparilla eléctrica derramaba una escasa luz amarillenta.

Crooks estaba sentado en su camastro. Por atrás, los faldones de la camisa salían fuera de los pantalones. En una mano sostenía un frasco de linimento, y con la otra se frotaba la espalda. De vez en cuando vertía unas gotas de linimento en su mano de palma rosada y la metía bajo la camisa para volver a frotar. Encorvaba los músculos

de la espalda y se estremecía.

Silenciosamente apareció Lennie por la puerta abierta y se detuvo allí mirando hacia adentro, bloqueando casi el hueco de la puerta con sus grandes hombros. En un primer momento, Crooks no le vio, pero al levantar la vista se quedó tieso y en su rostro apareció una expresión de enojo. Su mano, oculta bajo la camisa, apareció otra vez.

Lennie sonrió con expresión desventurada en un intento de demostrar amistad.

—No tiene derecho —exclamó bruscamente Crooks— a entrar en mi habitación. Ésta es mi habitación. Nadie

excepto yo mismo tiene derecho a estar aquí.

Lennie tragó saliva y su sonrisa se hizo más aduladora.

—No hago nada. Sólo he venido a ver mi cachorro. Y entonces he visto luz aquí —explicó.

—Bueno, tengo derecho a encender la luz. Tiene que marcharse de mi cuarto. A mí no me dejan estar en el barracón y yo no le dejaré estar aquí.

—¿Por qué no le dejan estar allí? —preguntó Lennie.

—Porque soy negro. Allí juegan a las cartas, pero yo no puedo jugar porque soy negro. Dicen que huelo mal.

Bueno, yo le digo que para mí todos ustedes tienen mal olor.

Lennie movió las grandes manos tristemente.

—Todos se han ido al pueblo —informó—. Slim y George y todos. George dice que tengo que quedarme aquí y no meterme en líos. Yo vi esta luz.

—Bueno, ¿qué quiere?

—Nada. Vi esta luz y creí que podría entrar un rato a sentarme.

Crooks miró fijamente a Lennie y estiró una mano hacia atrás; recogió los anteojos y los ajustó en las rosadas orejas, y volvió a mirar.

—No sé qué viene a hacer al pajar, de todos modos —se quejó—. Usted no tiene nada que ver con los caballos. Usted es cargador de sacos y no tiene por qué venir aquí. Nada tiene que hacer con los caballos.

—El perrito —repitió Lennie—. Vine a ver a mi perrito.

—Bueno, vaya a ver su perrito, entonces. No se meta donde no le llaman.

Lennie perdió su sonrisa. Avanzó un paso dentro de la habitación, pero luego recordó las instrucciones de George y retrocedió hasta la puerta.

—Los estuve mirando un poco. Slim

dice que no debo acariciarlos demasiado.

—Bueno, pero no ha hecho más que sacarlos de la paja todo el tiempo. No sé cómo la perra no los lleva a otro sitio.

—Oh, la perra me deja. No le importa —dijo Lennie, que había entrado nuevamente en el cuarto.

Crooks frunció el ceño, pero la apaciguadora sonrisa de Lennie lo venció.

—Vamos, entre y siéntese un rato —invitó Crooks—. Ya que no quiere irse y dejarme tranquilo, puede sentarse. —Su tono era un poco más amistoso—. Todos

los muchachos se fueron al pueblo, ¿eh?

—Todos menos el viejo Candy. Está ahí sentado en el cuarto grande, afilando el lápiz una y otra vez y haciendo cuentas.

Crooks se ajustó los anteojos.

—¿Cuentas? ¿Qué cuentas hace Candy?

Lennie gritó casi:

—Hace cuentas con los conejos.

—Usted está loco. Más loco que una cabra. ¿De qué conejos me está hablando?

—Los conejos que vamos a comprar; yo tengo que cuidarlos, y cortar la hierba y darles agua, y todo lo

demás.

—Loco, completamente loco —repitió Crooks—. Hace bien el hombre que viaja con usted en tenerlo lejos.

Lennie repuso suavemente:

—No estoy mintiéndole. Eso es lo que vamos a hacer. Vamos a comprar una casa y un terreno y viviremos como príncipes.

Crooks se arrellanó más cómodamente en su lecho.

—Siéntese —volvió a invitar—. Siéntese ahí, en el cajón de los clavos.

Lennie se sentó encogido en el cajoncito.

—Usted cree que es mentira —dijo

—. Pero no es mentira. Todo lo que digo es verdad, puede preguntárselo a George.

Crooks apoyó el oscuro mentón en la rosada palma.

—¿Usted viaja siempre con George, verdad?

—Claro. Yo y él vamos juntos a todas partes.

—A veces —prosiguió Crooks— él habla y usted no sabe de qué demonios está hablando. ¿No es cierto? —Se inclinó hacia adelante, horadando a Lennie con sus ojos profundos—. ¿No es así?

—Sí..., a veces.

—¿Habla y habla y usted no sabe de qué diablos habla?

—Sí..., a veces. Pero... no siempre.

Crooks se inclinó aún más hacia adelante sobre el borde del camastro.

—Yo no soy un negro del Sur —continuó—. Nací aquí mismo, en California. Mi padre tenía un criadero de gallinas, unas cinco hectáreas. Los niños, los blancos, iban a jugar allí conmigo, y a veces yo iba a jugar a casa de ellos; algunos eran muy buenos. A mi padre no le gustaba. Hasta mucho tiempo después no supe por qué no le gustaba. Pero ahora lo sé. —Vaciló, y cuando volvió a hablar su voz era más suave—:

No había otra familia de color en muchas leguas a la redonda. Y ahora sólo hay un hombre de color en este rancho y una familia en Soledad. —Soltó una carcajada—. Si yo digo algo, no importa nada, porque no es más que un negro quien habla.

—¿Cuánto tiempo le parece —preguntó Lennie— que tardarán esos cachorros en ser bastante grandes para acariciarlos bien?

Otra vez rió Crooks de nuevo.

—Uno puede hablar con usted y estar seguro de que no repetirá nada. Dentro de un par de semanas esos cachorros ya serán grandes. George sabe

lo que se hace. Habla, y usted no comprende nada. —Se inclinó hacia adelante en su excitación—. Yo no soy más que un negro, y un negro con la espalda rota. Lo que yo digo no importa, ¿entiende? De todos modos, no va a poder acordarse. Muchas veces lo he visto: un hombre habla con otro, y no le importa si éste no lo oye o no lo comprende. La cuestión es hablar o, incluso, quedarse callado, sin hablar. Eso no importa, no importa nada. —Su excitación había crecido hasta tal punto que ahora se golpeaba la rodilla con la mano—. George puede decir cualquier disparate, es lo mismo. El caso es poder

hablar. La cuestión es estar con otro hombre. Eso es todo.

Hizo una pausa. Después su voz se tornó suave y persuasiva.

—Suponga que George no vuelve. Suponga que se ha ido y no vuelve. ¿Qué haría usted?

La atención de Lennie se centró poco a poco en lo que había oído.

—¿Qué? —preguntó.

—Dije que se imagine que George fue esta noche al pueblo; y usted no vuelve a saber nada de él. —Crooks lo apremió saboreando esta especie de victoria privada—. Imagíneselo —repitió.

—No, no va a hacer eso —gritó Lennie—. George no haría una cosa así. Hace mucho tiempo que conozco a George. Esta noche va a volver... —Pero la duda era demasiado para él—, ¿No le parece que volverá?

El rostro de Crooks se iluminó con el placer que le producía su tortura.

—Nadie puede decir qué va a hacer otro hombre —observó con calma—. Digamos que quiere volver y no puede. Imagínese que lo matan o lo hieren, y no puede volver.

Lennie hizo un esfuerzo por comprender.

—George no va a hacer eso —

repitió—. George es muy cuidadoso. No lo van a herir. Nunca se ha herido porque es muy cuidadoso.

—Bueno, pero imagine, imagine, nada más, que no vuelve. ¿Qué haría usted, entonces?

La cara de Lennie se arrugó por efecto de la aprensión.

—No sé. Oiga, ¿qué quiere? —gritó —. No es cierto. George no está herido.

Los ojos de Crooks perforaron los suyos.

—¿Quiere que le diga lo que pasará? Lo llevarán al manicomio, lo atarán del pescuezo, como a un perro.

De pronto los ojos de Lennie

quedaron fijos, y quietos, y furiosos. Se incorporó y caminó con actitud amenazadora hacia Crooks.

—¿Quién hirió a George? —preguntó.

Crooks intuyó el peligro que se acercaba. Se encogió en su camastro, para no quedar enfrentado a Lennie.

—No hacía más que suponer cosas —se excusó—. George no está herido. Está bien. Volverá pronto.

Lennie estaba de pie, enorme, junto a él.

—¿Para qué habla, entonces? No voy a permitir que nadie diga que George está herido.

Crooks se quitó los lentes y se frotó los ojos con los dedos.

—Siéntese –dijo—. George no está herido.

Lennie volvió refunfuñado a su asiento en el cajón de clavos.

—Nadie va a decir que George está herido —masculló.

—Tal vez —continuó suavemente Crooks—, tal vez comprenda ahora. Usted tiene a George. Sabe que va a volver. Pero suponga que no tuviera a nadie. Suponga que no pudiera ir al cuarto de los peones a jugar a las cartas por ser negro. ¿Le gustaría? Suponga que tuviera que sentarse aquí y leer, y

leer. Claro que podría jugar a las herraduras hasta el anochecer, pero después tendría que leer. Los libros no sirven. Un hombre necesita a alguien, alguien que esté cerca. Uno se vuelve loco si no tiene a nadie. No importa quién es el otro, con tal de que esté con uno. Le digo —gritó—, le digo que uno se ve tan solo que se pone enfermo.

—George va a volver —se tranquilizó Lennie con voz asustada—. Tal vez haya vuelto ya. Tal vez debería ir a ver.

—No quise asustarle —afirmó Crooks—. George va a volver. Yo hablaba por mí, solamente. Uno se sienta

aquí, solo, toda la noche, leyendo unos libros, o pensando, o haciendo cualquier otra cosa. A veces se pone uno a pensar, y no tiene a nadie que le diga sí o no. Quizás, si ve algo, no sabe si está bien o mal. No puede preguntar a nadie si también ha visto lo mismo. No puede hablar. No tiene con qué comparar. Yo he visto muchas cosas aquí. Y no estaba borracho. No sé si estaba dormido. Si hubiera habido un hombre conmigo, podría decirme si estaba dormido, y todo estaría bien. Pero no lo sé.

Crooks miraba a través del cuarto, ahora, hacia la ventana.

—George no se va a ir —exclamó

Lennie lastimeramente—. No me va a dejar. Yo sé que George no va a hacer eso.

El peón del establo continuó con expresión soñadora:

—Recuerdo cuando era chico, en la casa de mi padre. Tenía dos hermanos. Estaban siempre conmigo, siempre. Dormíamos en la misma habitación, en la misma cama, los tres. Teníamos un terreno con fresas. Teníamos un campo de alfalfa. En las mañanas soleadas solíamos soltar las gallinas en la alfalfa. Mis hermanos se sentaban en la alambrada para mirarlas: eran gallinas blancas.

Gradualmente la atención de Lennie volvió hacia lo que estaba oyendo.

—George dice que vamos a tener alfalfa para los conejos.

—¿Qué conejos?

—Vamos a tener conejos, y un campo plantado de fresas.

—Está loco.

—Pero es cierto. Pregúnteselo a George.

—Está loco —volvió a decir desdeñosamente Crooks—. He visto más de cien hombres venir por los caminos a trabajar en los ranchos, con sus hatillos de ropa al hombro, y esa misma idea en la cabeza. Cientos de

ellos. Llegan y trabajan y se van; y cada uno de ellos tiene un terrenito en la cabeza. Y ni uno solo de esos condenados lo ha logrado jamás. Es como el cielo. Todos quieren su terrenito. He leído muchos libros aquí. Nadie llega al cielo, y nadie consigue su tierra. La tienen en la cabeza, nada más. No hacen más que hablar de eso, siempre, siempre, pero sólo lo tienen en la cabeza.

Hizo una pausa y miró hacia la puerta abierta, porque los caballos se movían inquietos y repicaban las cadenas de los ronzales. Un caballo relinchó.

—Creo que alguien anda por ahí —observó Crooks—. Quizá sea Slim. A veces Slim viene dos o tres veces por la noche. Slim es un verdadero mulero; cuida bien a sus animales.

Se puso en pie dolorosamente y avanzó hasta la puerta.

—¿Es usted, Slim? —llamó.

Le respondió la voz de Candy.

—Slim fue al pueblo. Oye, ¿has visto a Lennie?

—¿Ese grandullón?

—Sí. ¿No lo has visto por aquí?

—Está dentro —indicó brevemente Crooks. Volvió a su camastro y se tendió.

Candy apareció en el umbral rascándose el pelado muñón y mirando a ciegas el cuarto iluminado. No intentó entrar.

—Óyeme, Lennie. He estado haciendo cuentas con esos conejos.

Crooks interrumpió irritado:

—Puede entrar, si quiere.

Candy parecía incómodo.

—No sé. Claro, que si tú quieres...

—Vamos, entre. Si todo el mundo se mete aquí también puede entrar usted. —Le era difícil ocultar su placer con muestras de ira.

Candy entró, pero seguía sintiéndose incómodo.

—Es un bonito cuartito éste —ponderó—. Debe de ser agradable tener un cuarto para uno solo, como éste.

—Naturalmente —afirmó Crooks con ironía—. Y un montón de estiércol bajo la ventana. Claro, es muy agradable.

Lennie intervino:

—¿Qué decías de los conejos?

Candy se apoyó contra la pared, junto al collarín roto, y siguió rascándose el muñón.

—Hace muchos años que estoy aquí. Y Crooks también está aquí hace mucho. Ésta es la primera vez que entro en su cuarto.

—No son muchos los hombres —dijo sombríamente Crooks— que entran en el cuarto de un hombre de color. Aquí no ha entrado nadie más que Slim. Slim y el patrón.

Candy cambió rápidamente de tema.

—Slim es el mejor mulero que he conocido.

Lennie se inclinó hacia el viejo barrendero.

—Esos conejos... —insistió.

—Ya lo tengo calculado —sonrió Candy—. Podemos ganar algo de dinero con esos conejos si sabemos hacer las cosas.

—Pero yo tengo que cuidarlos —

interrumpió Lennie—. George dice que yo los voy a cuidar. Me lo prometió.

Crooks los interrumpió brutalmente.

—Ustedes no hacen más que engañarse. No hacen más que hablar y hablar, pero no van a tener nunca esa tierra. Usted va a seguir barriendo aquí hasta que lo saquen en un cajón con los pies por delante. Diablos, he visto ya a muchos como ustedes. Lennie, éste, se irá del rancho y volverá al camino dentro de dos, tres semanas. Parece como si todos tuvieran un terreno en la cabeza.

Candy se frotó iracundo la mejilla.

—Bien sabe Dios qué es cierto.

George dice que lo podemos hacer. Ya tenemos el dinero; lo tenemos ahora.

—¿Sí? —dijo Crooks—. Y ¿dónde está George? En el pueblo, con mujeres. Allí es donde va a dar ese dinero. Jesús, muchas veces he visto lo mismo. He visto demasiados hombres con sus tierras en la cabeza. Pero nunca llegan a poner las manos en la tierra.

—Claro que todos quieren lo mismo —exclamó Candy—. Todos quieren un terrenito, no mucho. Sólo algo que sea de uno. Un lugar en donde uno pueda vivir sin que lo echen. Yo nunca he tenido un campo. He sembrado para casi todos los dueños de tierra en este

estado, pero no eran mías esas siembras y, cuando las cosechas estaban listas, yo mismo las recogía, tampoco eran mías. Pero ahora es distinto, y tienes que creernos. George no se ha llevado el dinero. El dinero está en el banco. Yo y Lennie y George. Vamos a tener un cuarto para dormir. Vamos a tener un perro, y conejos, y gallinas. Vamos a plantar maíz, y tal vez tengamos una vaca o una cabra.

Se detuvo, abrumado por su pintura.

—¿Dice que ya tienen el dinero?

—Claro que sí. Casi todo. No nos falta más que un poco. Dentro de un mes lo tendremos todo. Y George ya ha

elegido el terreno, también.

Crooks dobló un brazo y se exploró la espalda con la mano.

—Nunca he visto a un tipo que lo consiguiera —aseguró—. He visto hombres que estaban casi locos de tanto desear tierra propia, pero cada vez las mujeres o los naipes se llevaban el dinero. —Vaciló un poco—. Si... si ustedes quisieran alguien que trabajara sin sueldo, sólo por casa y comida, yo podría ir a echarles una mano. No soy tan lisiado como para no poder trabajar como cualquier hijo de vecino si me da la gana.

—¿Alguno de vosotros ha visto a

Curley?

Los tres giraron la cabeza hacia la puerta. Allí estaba la mujer de Curley. Tenía la cara muy arreglada. Los labios, levemente abiertos. Respiraba hondamente, como si hubiese venido corriendo.

—Curley no ha estado por aquí —contestó ásperamente Candy.

La mujer permaneció quieta en la puerta, sonriendo un poco, frotándose las uñas de una mano con el pulgar y el índice de la otra. Y sus ojos recorrieron todas las caras de una en una.

—Dejaron solamente a los que no sirven —dijo por fin—. ¿Creéis que no

sé adónde han ido? Hasta Curley. Sé muy bien adónde han ido.

Lennie la miraba fascinado; pero Candy y Crooks tenían fruncido el ceño y gachas las cabezas, evitando la mirada femenina.

—Entonces, si ya lo sabe —repuso Candy—, ¿por qué viene a preguntarnos dónde está Curley?

Ella lo miró como divertida.

—Es raro —dijo—. Si encuentro a un hombre, cualquiera, y está solo, me llevo muy bien con él. Pero en cuanto dos de vosotros estáis juntos, ya no queréis ni hablar. Os enfadáis y se acabó.

Dejó caer los brazos y apoyó las manos en las caderas.

—Todos os tenéis miedo, eso es lo que pasa. Todos tenéis miedo de que los demás os hagan algo.

Al cabo de una pausa intervino Crooks:

—Tal vez debería irse a su casa en seguida. No queremos líos.

—Bueno, yo no hago nada. ¿Acaso creéis que no me gusta hablar con alguien de vez en cuando? ¿Creéis que me gusta estar siempre metida en esa casa?

Candy apoyó el muñón de su muñeca en una rodilla y lo frotó suavemente con

la mano. Contestó, luego, en tono acusador:

—Usted tiene marido. No tiene por qué meterse con los demás, siempre causando complicaciones.

La mujer se encolerizó.

—Claro que tengo marido. Todos lo habéis visto. Un hombre formidable, ¿verdad? Se pasa todo el tiempo diciendo lo que va a hacer con los tipos que no le gustan; y nadie le gusta. ¿Creéis que me voy a quedar metida en esa casita y escuchar qué va a hacer Curley? Dos fintas con la izquierda, y después la derecha, esa derecha de antes, bien fuerte. «Uno—dos —dice—.

El uno—dos famoso, y al suelo el tipo.»

Hizo una pausa y su rostro perdió el enfado y expresó interés.

—Decidme..., ¿qué le ha pasado a Curley en la mano?

Hubo un silencio incómodo. Candy dirigió una mirada a Lennie. Luego tosió.

—Pues... Curley... metió la mano en una máquina, señora. Se rompió la mano.

La mujer los miró durante un instante y luego soltó una carcajada.

—¡Bah! ¡Cuentos! ¿Creéis que me podéis engañar? Lo que pasa es que Curley quiso hacer algo y no pudo. Con

una máquina..., ¡tonterías! Si desde que se rompió la mano no ha dicho una sola vez cómo va a lanzar su uno—dos... ¿Quién le rompió la mano?

Candy repitió empecinadamente:

—Se la lastimó con una máquina.

—Bueno —dijo despreciativa la mujer—. Bueno, tápalo, si quieres. ¿Qué me importa? Os creéis que sois muy buenos. ¿Qué pensáis que soy yo, una criatura...? Os digo que podría estar trabajando en el teatro. Y no en cualquier cosa. Y un tipo me dijo que podía introducirme en el mundo del cine... —Había perdido el aliento a causa de la indignación—. Sábado por

la noche. Todo el mundo fuera. ¡Todo el mundo! Y yo, ¿qué hago yo? Aquí hablando con tres pobres peones, tres momias: un negro, un imbécil y un viejo piojoso... Y tengo que conformarme porque no hay nadie más.

Lennie la miraba, semiabierta la boca. Crooks se había refugiado en la terrible dignidad protectora del negro. Pero se operó un cambio en el viejo Candy. Se incorporó de pronto y volteó hacia atrás el cajón en que estaba sentado.

—¡Basta! —vociferó enfurecido—. Usted no hace falta aquí. Ya le pedimos que se fuera. Y le digo que se equivoca

cuando dice lo que somos nosotros. No tiene en esa cabeza de pájaro sesos bastantes para comprender que no somos pobres peones. Háganos echar, si quiere. Haga la prueba. Cree que nos vamos a ir por los caminos a buscar otro trabajo tan apestoso como éste. No sabe que tenemos nuestro propio rancho, nuestra casa. No tenemos por qué quedarnos aquí. Tenemos una casa y gallinas y frutales y un campo cien veces más bonito que éste. Y tenemos amigos; eso es lo que tenemos. Tal vez hubo un tiempo en que nos asustaba que nos echaran, pero ahora no. Tenemos nuestra propia tierra, y es nuestra, y podemos

vivir en ella.

La mujer de Curley se rió de él.

—¡Qué disparate! —exclamó—. Conozco bien a los hombres como vosotros. Si tuvierais una moneda ya habríais ido a comprar alcohol, y estaríais lamiendo hasta el fondo del vaso. Os conozco bien.

El rostro de Candy había ido enrojeciendo progresivamente pero, antes de que la mujer terminara de hablar, ya había conseguido dominarse. Era dueño de la situación.

—Debía haberlo supuesto —continuó suavemente—. Tal vez sea mejor que haga revolear sus faldas por

otro sitio. No tenemos nada que decirle, nada. Sabemos lo que somos y lo que tenemos, y nos importa muy poco si usted lo sabe o no. De manera que lo mejor sería que se marchara de una vez, porque tal vez no le guste a Curley que su mujer esté en el granero con unos pobres peones.

Miró la mujer de un rostro a otro, y todos estaban cerrados para ella. Y miró más detenidamente a Lennie, hasta que lo obligó a bajar los ojos, abochornado. De pronto preguntó la mujer:

—¿Cómo se lastimó así la cara?

Lennie alzó la mirada culpable:

—¿Quién..., yo?

—Sí, tú.

Lennie volvió el rostro hacia Candy en busca de auxilio, y después volvió a mirarse las rodillas.

—Una máquina le rompió la mano —aseguró.

La mujer de Curley se echó a reír.

—Está bien, Máquina. Ya hablaré después contigo. Me gustan las máquinas.

Candy intervino.

—Usted deje a este hombre en paz. No se meta con él. Voy a contarle a George todo lo que ha dicho. George no permitirá que se meta con Lennie.

—¿Quién es George? ¿Ese

hombrecito que vino contigo?

Lennie sonrió con alegría.

—Eso es –contestó—. Ése es George, y me va a dejar cuidar los conejos.

—Bueno, si todo lo que quieres es eso, yo podría conseguirte también un par de conejos.

Crooks se puso de pie y se irguió frente a la mujer.

—Ya basta —cortó fríamente—. Usted no tiene derecho a entrar en el cuarto de un hombre de color. No tiene derecho a acercarse siquiera aquí. Ahora váyase, y váyase pronto. Si no, voy a pedir al patrón que no la deje

entrar más en este granero.

Ella se volvió hacia el peón negro, llena de desprecio.

—Escucha, negro —dijo—. ¿Sabes lo que soy capaz de hacer si vuelves a abrir la boca?

Crooks la miró con expresión desamparada; luego se sentó en su camastro y se replegó dentro de sí mismo.

La mujer se le acercó.

—¿Sabes lo que podría hacer yo?

Crooks pareció empequeñecerse y se apretó contra la pared.

—Sí, señora.

—Bueno, guarda las distancias

entonces, negro. Me sería tan fácil, tan condenadamente fácil hacerte colgar de un árbol que ya no sería ni divertido.

Crooks se había reducido a la nada. No había personalidad, no había un yo: nada que despertase gusto o disgusto. Repitió:

—Sí, señora.

Y su voz no tenía tono.

Durante unos instantes siguió ella de pie a su lado, como si esperara que se moviese para poder fustigarle otra vez; pero Crooks estaba totalmente quieto, desviados los ojos, retirado todo lo que podía ser herido. Por fin la mujer se volvió hacia los otros dos.

El viejo Candy la miraba, fascinado.

—Si llegara a hacer eso —dijo suavemente— nosotros lo contaríamos todo.

—Contad, qué diablos —exclamó la mujer—. Nadie os escucharía, y lo sabéis muy bien. Nadie os escucharía.

Candy cedió.

—No... —convino—. Nadie nos escucharía.

—Quiero que venga George —lloriqueó Lennie—. Quiero que vuelva George.

Candy se acercó a él.

—No te aflijas. Acabo de oírlos regresar. George debe de estar ya en el

cuarto de peones, con todos los demás. —Se volvió hacia la mujer de Curley—. Mejor haría en irse ahora —aconsejó lentamente—. Si se va ahora, no le diremos a Curley que estuvo aquí.

Ella lo escrutó fríamente.

—No estoy muy segura de que los hayas oído volver.

—Mejor es que me crea. Si no está segura, váyase para no correr el riesgo.

Ella se volvió hacia Lennie.

—Me alegro de que hayas golpeado un poco a Curley. Se lo estaba buscando. A veces yo misma querría golpearlo.

Se deslizó por la puerta y desapareció en el oscuro granero. Y

mientras atravesaba el establo repicaron las cadenas de los ronzales, y algunos caballos resoplaron y otros golpearon los cascos.

Crooks pareció salir lentamente de las capas de protección en que se había refugiado.

—¿Es cierto que oyó que volvían los muchachos? —preguntó.

—Claro que los oí.

—Bueno, yo no oí nada.

—La puerta dio un golpe hace un rato —informó Candy, y continuó—: Dios, qué poco ruido hace esa mujer para moverse. Supongo que tendrá mucha práctica.

Crooks eludió ahora todo el tema.

—Tal vez será mejor que se vayan —sugirió—. Me parece que no quiero que estén más aquí. Un hombre de color debe tener algunos derechos, aunque no le gusten.

—Esa perra —comentó Candy— no debió decirle eso.

—No es nada —murmuró apagadamente Crooks—. Ustedes hicieron que olvidara, al venir a sentarse aquí. Lo que ella dice es verdad.

Los caballos resoplaron en el establo y las cadenas repicaron, y una voz llamó:

—Lennie. Eh, Lennie. ¿Estás aquí?

—Es George —gritó Lennie. Y respondió—: Aquí, George. Aquí estoy.

Un segundo más tarde George aparecía en el umbral desde donde miró a su alrededor, con expresión de desaprobación.

—¿Qué estás haciendo en el cuarto de Crooks? No debías haber venido aquí.

Crooks asintió.

—Eso les dije, pero entraron de todos modos.

—Bueno, ¿por qué no los echó a patadas?

—No me molestaban —repuso

Crooks—. Lennie es un buen tipo.

Candy reaccionó en ese momento:

—¡Ah, George! He estado haciendo cuentas y cuentas. He calculado cómo podremos ganar dinero con esos conejos.

George frunció el ceño.

—Me parece que os dije que no hablaseis de eso con nadie.

—No hablamos más que con Crooks —explicó Candy, alicaído.

—Bueno —dijo George—, ahora los dos os marcháis de aquí. Parece que no puedo dejaros solos ni un minuto, Dios mío.

Candy y Lennie se pusieron de pie y

fueron hacia la puerta. Crooks llamó:

—¡Candy!

—¿Eh?

—¿Se acuerda de lo que dije? ¿Del trabajo que podía hacer yo?

—Sí. Me acuerdo.

—Bueno, olvídelo. No quise decir eso. Estaba bromeando. No me gustaría ir a un sitio así.

—Bueno, bueno, si piensa eso... Buenas noches.

Los tres hombres salieron. Al pasar por el establo, los caballos resoplaron y repicaron las cadenas de los ronzales.

Crooks se sentó en su camastro, miró por un momento hacia la puerta y luego

buscó el frasco de linimento. Se levantó la camisa hasta el cuello, vertió un poco de linimento en la rosada palma y, estirando el brazo en una curva, empezó lentamente a frotarse la espalda.

Capítulo 6

Un extremo del enorme granero estaba ocupado por una alta pilada de heno nuevo y sobre la pilada pendía la horquilla mecánica de cuatro puntas, suspendida de su polea. El heno caía como la ladera de una montaña hacia el otro extremo del granero y había un espacio al nivel del suelo sin ocupar todavía por la nueva cosecha. A los lados se veían los pesebres, y entre las barras de cada uno se distinguían las cabezas de los caballos.

Era domingo por la tarde. Los caballos en descanso mordisqueaban las

restantes hojas de heno, y golpeaban los cascos y mordían la madera del pesebre y hacían sonar las cadenas de los ronzales. El sol de la tarde penetraba por las grietas de las paredes del granero y yacía en brillantes paralelas sobre el heno. Había en el aire un zumbido de moscas, el perezoso susurro de la tarde.

Desde fuera llegaba el tañido de las herraduras contra la estaca de juego y los clamores de los hombres, para jugar, para alentar, para mofarse. Pero en el granero había calma y zumbido y pereza y calor.

Sólo Lennie estaba en el granero;

Lennie se había sentado en el heno junto a un cajón y bajo un pesebre situado en el extremo del granero no ocupado todavía por el heno. Lennie, sentado sobre el heno, miraba a un perrito muerto que yacía frente a él. Lo miró largo rato, luego extendió su mano enorme y lo acarició desde la cabeza a la cola.

Y Lennie dijo suavemente al cachorrito:

—¿Por qué has tenido que morirte? No eres tan pequeño como los ratones. No te pegué muy fuerte.

Dobló hacia atrás la cabeza del cachorro y siguió hablándole:

—Ahora quizá George no me deje cuidar los conejos, si descubre que has muerto.

Excavó un hueco en la paja, metió en él al cachorro y lo cubrió con heno hasta ocultarlo; pero siguió mirando el montículo que había hecho.

—Esto —continuó— no es algo tan malo como para tener que esconderme en el matorral. ¡Oh, no! No es para tanto. Le diré a George que te encontré muerto.

Desenterró el cachorro y lo inspeccionó, y volvió a acariciarlo desde las orejas a la cola. Y continuó hablando acongojado.

—Pero lo va a saber. George

siempre sabe. Me va a decir: «Tú lo mataste. No trates de engañarme». Y va a decir: «Ahora, no vas a cuidar los conejos».

De pronto, explotó su ira.

—¡Maldito seas! —exclamó—. ¿Por qué has tenido que ir y morirte? No eres tan pequeño como los ratones.

Levantó el perrito y lo arrojó a lo lejos. Le volvió la espalda. Se sentó, muy inclinado el busto sobre las rodillas, y murmuró:

—Ahora no van a dejar que cuide de los conejos. Ahora George no me va a dejar.

Se inclinó hacia adelante y atrás,

meciéndose en su desventura.

Desde fuera llegaba el tañido de las herraduras contra la estaca de hierro y luego un breve coro de gritos. Lennie se incorporó y buscó el perrito, lo tendió en el heno y se sentó. Volvió a acariciar al cachorro.

—No eras bastante grande —susurró—. Me dijeron y me repitieron que todavía no eras grande. Yo no sabía que ibas a morir tan fácilmente.

Tomó entre sus dedos la fláccida oreja del perrito.

—Quizá George no se enoje —se consoló—. Este condenado hijo de perra no era nada para George. A lo mejor no

le importa.

La mujer de Curley apareció dando la vuelta al extremo del último pesebre. Caminaba muy lentamente, de modo que Lennie no la vio. Llevaba su vistoso vestido de algodón y las chinelas con rojas plumas de avestruz. Tenía la cara muy maquillada y sus bucles, como salchichas, estaban dispuestos cuidadosamente. Llegó muy cerca de Lennie antes de que éste alzara la mirada y la viera.

Lleno de pánico, Lennie echó heno sobre el cachorro, con los dedos. Luego alzó hacia la mujer su arisca mirada.

—¿Qué tienes ahí, hijito? —

preguntó ella.

Lennie la miraba con enojo.

—George dice que no tengo nada que ver con usted; que no hable con usted.

—¿George —rió ella— te da órdenes para todo?

Lennie bajó la vista hacia el heno.

—Dice que no podré cuidar los conejos si hablo con usted o cualquier cosa.

—George —opinó tranquilamente la mujer— tiene miedo de que Curley se enoje. Bueno, Curley tiene el brazo en cabestrillo..., y si se enoja, bien puedes romperle la otra mano. No me van a

engañar con eso de que una máquina le pilló la mano.

Pero Lennie no cedía.

—No, señora. No voy a hablar con usted, ni nada.

Ella se arrodilló en el heno, a su lado.

—Escucha. Todos los muchachos están jugando un campeonato de herraduras. No son más que las cuatro. Ninguno de los muchachos va a dejar de jugar. ¿Por qué no puedo hablar contigo? Nunca hablo con nadie. Me siento tan sola...

—Bueno —dijo Lennie—, pero yo no debo hablar con usted, ni nada.

—Me siento muy sola. Tú puedes hablar con cualquiera, pero yo no puedo hablar más que con Curley. Si no, se enfada. ¿Te gustaría no poder hablar con nadie?

—Bueno, pero yo no debo hablar. George tiene miedo de que me meta en líos.

Ella cambió de tema.

—¿Qué es lo que has tapado ahí?

Entonces volvió a Lennie toda su pena.

—No es más que mi cachorro —murmuró tristemente—. Mi cachorrito.

Y quitó el heno que lo cubría.

—¡Pero, si está muerto!

—Era tan pequeño. Yo estaba jugando con él, nada más..., y él hizo como para morderme... y yo hice como que le pegaba... y... y le pegué. Y entonces se murió.

—No te aflijas —le consoló la mujer—. Era un perrito cualquiera. Puedes conseguir otro en cualquier parte. Los hay a montones.

—No es eso —explicó Lennie lentamente—. George no me dejará cuidar los conejos ahora.

—¿Por qué?

—Porque me dijo que si hago más disparates no me va a dejar cuidar los conejos.

Ella se le acercó más y le habló con voz consoladora.

—No te preocupes por hablar conmigo. Escucha cómo gritan los muchachos ahí fuera. Han apostado cuatro dólares en ese campeonato. Ninguno de ellos va a venir hasta que terminen de jugar.

—Si George me ve hablando con usted, me va a reñir mucho —dijo Lennie cautelosamente—. Él mismo me lo dijo.

Se enfureció el rostro de la mujer.

—¿Qué tengo yo? —gritó—. ¿No tengo derecho a hablar con nadie? ¿Qué os creéis que soy, pues? Tú eres un buen

hombre. No sé por qué no puedo conversar contigo. No te hago ningún mal.

—Bueno, George dijo que nos va a meter en un lío.

—¡Bah, qué estupidez! ¿Qué mal te hago? Parece que a ninguno le importa cómo tengo que vivir yo. Te digo que no estoy acostumbrada a vivir así. Yo podía haber hecho otra vida. —Y luego añadió sombríamente—: Quizás pueda todavía. —Y entonces sus palabras se derramaron en un pasión comunicativa, como si debiera apresurarse antes de que le arrebataran el oyente—. Yo vivía en Salinas, en el mismo pueblo. Fui a

vivir allí cuando era muy pequeña. Bueno, pasó una compañía de teatro y conocí a uno de los actores. Me dijo que podía ir con la compañía. Pero mi madre no me dejó. Dice que era porque yo tenía quince años solamente. Pero el hombre dijo que yo podía ir. Si hubiera ido, no estaría viviendo como ahora, puedes estar seguro.

Lennie acarició y acarició su cachorro.

—Vamos a tener un pedazo de tierra... y conejos —explicó.

—En otra ocasión —prosiguió ella rápidamente con su relato, antes de que la interrumpiera— conocí a un hombre

que estaba en el cine. Fui al Palacio de la Danza con él. Me dijo que iba a hacerme trabajar en el cine. Dijo que yo había nacido para artista. Tan pronto como volviera a Hollywood me iba a escribir. —Miró fijamente a Lennie para ver si estaba impresionado—. La carta nunca me llegó. Siempre he creído que mi madre la robó. Bueno, yo no iba a quedarme en un lugar donde no podía ir a ninguna parte o llegar a ser alguien por mí misma y donde me robaban las cartas. Le pregunté si me la había robado, y me dijo que no. Entonces me casé con Curley. Lo conocí en el Palacio de la Danza esa misma noche. ¿Estás

escuchándome?

—¿Yo? Claro.

—Bueno. Esto no se lo he contado a nadie. Quizá no debiera confesártelo. Pero no me gusta ese Curley. No me gusta. —Y porque había puesto su confianza en Lennie, se acercó a él y se sentó a su lado—. Podría estar ahora en el cine y tener bonitos vestidos, como tienen todas las artistas. Y podría ir a esos hoteles tan grandes, y dejarme fotografiar. Y podría ir a los estrenos y hablar por radio y no me costaría un centavo porque sería famosa. Y llevaría vestidos tan bonitos como los de todas ellas. Porque ese hombre dijo que yo

había nacido para artista.

Alzó la mirada hacia Lennie e hizo un pequeño ademán grandilocuente con el brazo y la mano para demostrar su arte. Los dedos siguieron a la muñeca doblada, y el meñique se separó exageradamente de los demás.

Lennie suspiró hondo. Desde el exterior llegó el tañido de una herradura sobre el metal, y luego un coro de vítores.

—Alguien embocó la herradura —dijo la mujer de Curley.

Se iba elevando ahora la luz, con el ocaso del sol, y sus rayos trepaban por las paredes y caían en los pesebres y en

las cabezas de los caballos.

—Tal vez —susurró Lennie— si llevara este perrito y lo tirara muy lejos, George no se enteraría. Y entonces podría cuidar los conejos.

—¿Tú no piensas más que en conejos? —inquirió con rabia la mujer de Curley.

—Vamos a tener un trozo de tierra —informó pacientemente Lennie—. Vamos a tener una casa y una huerta y un campo de alfalfa, y esa alfalfa es para los conejos; y yo voy a coger un montón de alfalfa para los conejos.

—¿Por qué te gustan tanto los conejos? —preguntó ella.

Lennie tuvo que pensar cuidadosamente antes de llegar a una conclusión. Se acercó cautelosamente a la mujer, hasta quedar junto a ella.

—Me gusta acariciarlos. Una vez en una feria vi unos de ésos con el pelo muy largo. Y eran bonitos, sí señor. A veces acaricio ratones, pero sólo cuando no consigo algo mejor.

La mujer de Curley se separó un poco del hombre y opinó:

—Me parece que estás loco.

—No, no es cierto —explicó diligentemente Lennie—. George dice que no estoy loco. Me gusta acariciar cosas bonitas, cosas suaves.

—Bueno —dijo la mujer, algo tranquilizada—, ¿a quién no le gusta? A todo el mundo le gusta. A mí me gusta acariciar la seda y el terciopelo. ¿A ti te gusta tocar terciopelo?

—Cielos, claro que sí —repuso Lennie alegremente—. Y también tuve un poco, hace tiempo. Una señora me dio un poco, y esa señora era... mi tía Clara. Me lo regaló..., un pedazo así de grande. Me gustaría tener ahora ese terciopelo. —Se le arrugó el ceño—. Lo perdí. Hace mucho que no lo veo.

—Estás loco de remate —se rió de él la mujer de Curley—. Pero no eres malo. Como un niño grande. Pero una

puede comprender lo que dices. A veces, cuando me peino, me quedo sentada acariciándome el cabello porque es tan suave. —Para mostrar cómo lo hacía, se pasó los dedos sobre lo alto de su cabeza—. Hay quienes tienen el pelo muy áspero —comentó complacida—. Como Curley. Tiene el pelo como alambre. Pero el mío es bonito y sedoso. Claro que me lo cepillo mucho. Por eso es bonito. Mira... pasa la mano por aquí. —Tomó la mano de Lennie y se la llevó sobre la cabeza—. Toca aquí y verás qué sedoso es.

Los grandes dedos de Lennie empezaron a acariciarle el cabello.

—No me lo enredes —pidió la mujer.

—¡Oh, qué bonito! —exclamó Lennie, y acarició con más fuerza—. ¡Qué bonito!

—Cuidado, que me lo vas a enredar. —Y luego gritó furiosa la mujer—: Basta ya, me vas a enredar todo el cabello. —Echó bruscamente a un lado la cabeza, y los dedos de Lennie se cerraron en sus cabellos y los apretaron.

—¡Suelta! ¡Suéltame, te digo!

Lennie era presa del pánico. Se contorsionó su rostro. Gritó entonces la mujer, y la otra mano de Lennie se cerró sobre su boca y su nariz.

—No, por favor —rogó—. ¡Oh! Por favor, no haga eso. George se va a enojar.

Ella luchó violentamente bajo las manos enormes. Lucharon sus pies sobre el heno, y se sacudió todo su cuerpo para liberarse; y por debajo de la mano de Lennie surgió un chillido ahogado. Lennie empezó a gritar de terror.

—¡Oh! Por favor, no haga eso —volvió a rogar—. George va a decir que hice un disparate. No va a dejar que cuide los conejos. —Apartó un poco la mano, y se oyó un áspero grito. Entonces Lennie se encolerizó—. Le he dicho que no. No quiero que grite. Me va a meter

en un lío, como dijo George. No haga eso. —Y ella continuó luchando, con ojos desorbitados por el terror—. No siga gritando —dijo Lennie, y la sacudió; y el cuerpo de la mujer se movió fláccidamente, como el de un pez. Y luego quedó quieta, porque Lennie le había quebrado el cuello.

Lennie la miró, y con mucho cuidado quitó la mano de la boca, y ella quedó quieta.

—No quiero lastimarla —murmuró —, pero George se va a enfadar si la oye gritar.

Cuando advirtió que no le respondía ni se movía, se inclinó muy cerca de

ella. Levantó el brazo de la mujer y lo dejó caer. Por un instante pareció atónito. Y luego murmuró aterrorizado:

—He hecho algo malo. He vuelto a hacer algo malo.

Con sus manazas cavó el heno hasta cubrir en parte el cuerpo femenino. Desde afuera llegó un clamor de hombres y un doble tañido de herraduras sobre metal. Por primera vez tuvo Lennie conciencia del exterior. Se agazapó en el heno y escuchó.

—Ahora sí que he hecho algo muy malo —repitió—. No debía haber hecho eso. George se va a enfadar. Y... me dijo... que me escondiera en el matorral

hasta que él llegue. Se va a enfadar. En el matorral hasta que él llegue. Eso es lo que dijo. —Retrocedió y miró a la mujer muerta. El cachorro yacía junto a ella. Lennie lo recogió—. Lo voy a tirar muy lejos. Con ésta ya es suficiente. —Se puso el cachorro bajo el chaquetón, avanzó agazapado hasta la pared del granero, y espió por las rendijas, hacia el juego de herraduras. Luego se deslizó hasta el extremo del último pesebre, dio la vuelta a éste y desapareció.

Las líneas del sol estaban ya muy altas en la pared, y la luz era cada vez más leve en el granero. La mujer de Curley yacía de espaldas, cubierta a

medias por el heno.

La calma era total en el granero, y la quietud de la tarde había alcanzado al rancho. Incluso el sonido de las herraduras y las voces de los hombres que jugaban parecían haberse vuelto más suaves. El aire del granero era crepuscular adelantándose a la marcha del día exterior. Una paloma entró volando por la puerta y luego de trazar un círculo se marchó volando. Rodeando el último pesebre se aproximó una perra ovejera, flaca y larga, con ubres pesadas, pendientes. A mitad del camino hacia el cajón donde estaban los cachorros captó el olor a muerte de la

mujer de Curley, y se le erizó el pelo a lo largo del lomo. Dio un gemido, se acercó temerosa al cajón y saltó entre sus cachorros.

La mujer de Curley yacía cubierta a medias por el heno amarillo. La mezquindad y los planes, el descontento y el ansia de ser atendida habían desaparecido de su rostro. Estaba muy bella y sencilla, y su cara era dulce y joven. Sus mejillas pintadas y sus enrojecidos labios la hacían parecer viva todavía, muy levemente dormida. Los bucles, diminutos rollos, estaban tendidos sobre el heno tras la cabeza; los labios, entreabiertos.

Como a veces ocurre, en un momento dado el tiempo se detuvo y ese momento duró más que cualquier otro. Y el sonido se detuvo, y el momento se detuvo durante mucho tiempo, mucho más tiempo que un momento.

Luego, gradualmente, despertó otra vez el tiempo y prosiguió perezosamente su marcha. Los caballos golpearon los cascos del otro lado de los pesebres e hicieron sonar las cadenas de los ronzales. Fuera, las voces de los hombres se hicieron más fuertes y más claras.

Llegó la voz de Candy desde el extremo del último pesebre.

—Lennie —llamó—. ¡Eh, Lennie! ¿Estás aquí? He estado haciendo más cuentas. Te diré lo que podemos hacer, Lennie.

Apareció el viejo Candy al rodear el último pesebre.

—¡Eh, Lennie! —llamó otra vez; y entonces se detuvo, y su cuerpo se puso rígido. Frotó la tersa muñeca contra la áspera barba blanca—. No sabía que usted estuviera aquí —dijo a la mujer de Curley.

Al no obtener respuesta, se acercó más.

—No debería dormir aquí —expresó con desaprobación; y entonces

llegó a su altura y... —. ¡Oh, Dios! —Miró a su alrededor, azorado, y se frotó la barba. Luego saltó y salió rápidamente del granero.

Pero el granero estaba vivo ahora. Los caballos coceaban y resoplaban, masticaban la paja de sus camas, y hacían sonar las cadenas de sus ronzales. Al momento volvió Candy, pero ahora con George.

—¿Para qué me has traído aquí? —preguntó George.

Candy señaló hacia la mujer de Curley. George la miró con ojos muy abiertos.

—¿Qué le pasa? —preguntó. Se

acercó más y entonces repitió las palabras de Candy—: ¡Oh, Dios! —Se puso de rodillas al lado del cuerpo tendido. Le colocó una mano sobre el corazón. Y por fin, cuando se incorporó, lenta, tiesamente, su rostro estaba duro y prieto como madera, y sus ojos estaban endurecidos.

—¿Qué le ha pasado? —inquirió Candy.

—¿No te lo imaginas? —repuso George, mirando fríamente a Candy, quien guardó silencio—. Yo debía haberlo sabido —masculló George desesperanzado—. Tal vez allí, en lo más hondo de mí mismo, lo sabía.

—¿Qué vamos a hacer ahora, George? —exclamó Candy—. ¿Qué vamos a hacer?

George tardó mucho en responder.

—Creo..., tendremos que decírselo a los... muchachos. Creo que vamos a tener que encontrarlo y encerrarlo. No podemos dejar que se escape. El pobre diablo se moriría de hambre. —Y luego trató de consolarse—. Tal vez lo encierren y sean buenos con él.

Pero Candy afirmó, excitado:

—No, tenemos que dejar que se escape. Tú no conoces a ese Curley. Curley querrá lincharlo. Curley va a hacer que lo maten.

George miró los labios de Candy. Por fin dijo:

—Sí, es cierto. Curley va a querer que lo maten. Y los demás lo van a matar. —Y volvió la mirada a la mujer de Curley.

Ahora Candy habló de su más grande temor:

—Tú y yo podemos comprar el terreno, ¿verdad, George? Tú y yo podemos ir y vivir bien allí, ¿verdad, George? ¿Verdad, George?

Antes de que George respondiera, Candy dejó caer la cabeza y miró el heno. Ya sabía la respuesta.

—Creo —murmuró George

suavemente— que yo lo sabía desde el primer momento. Creo que ya sabía que jamás podríamos hacerlo. Le gustaba tanto oír hablar de eso que yo llegué a pensar que quizás lo hiciéramos.

—Entonces, ¿se acabó todo? —preguntó Candy, huraño.

George no respondió a la pregunta. Dijo, en cambio:

—Trabajaré todo el mes, cobraré mis cincuenta dólares y me pasaré la noche entera entre las mujeres de alguna casa piojosa. O me quedaré en una sala de juego hasta que todos los demás se vayan. Y entonces volveré y trabajaré otro mes, y cobraré otros cincuenta

dólares.

—Es tan bueno —ponderó Candy—. Es un hombre tan bueno... No creí jamás que podría hacer una cosa así.

—Lennie no lo hizo por maldad —aseguró George, que miraba todavía a la mujer de Curley—. Muchas veces ha hecho cosas malas, pero nunca por maldad. —Se irguió y miró a Candy—. Escúchame, ahora. Tenemos que decírselo a los muchachos. Supongo que lo querrán detener. No hay más remedio. Quizás no le hagan daño. —Y luego, bruscamente, añadió—: No voy a dejar que le hagan nada. Escucha, ahora. Los muchachos pueden creer que yo estuve

complicado en esto. Ahora me voy al cuarto de los peones. Tú sal dentro de un minuto y di a los muchachos lo que pasó, entonces yo vendré y haré como que no sé nada. ¿Lo harás como te he dicho? Así los muchachos no pensarán que yo he participado en esto.

—Claro, George —asintió Candy—. Claro que lo haré.

—Bien. Dame un par de minutos, entonces, y sal corriendo y di que acabas de encontrarla. Ya me voy.

George se volvió y salió rápidamente del granero. El viejo Candy lo siguió con la vista. Después miró con expresión desesperanzada a la mujer de

Curley y, gradualmente, su pena y su ira cobraron vida:

—Perra maldita —exclamó rencorosamente—. Ya conseguiste lo que querías, ¿verdad? Supongo que estarás contenta. Todos sabíamos que eras la ruina. No servías para nada. Y ahora no sirves para nada, perra piojosa. —Le acometió un sollozo y se le quebró la voz—. Yo podía haber cuidado la huerta y lavado los platos para ellos. —Hizo una pausa y prosiguió en un canturreo. Y repitió, como una cantinela, las palabras consabidas—: Si llega un circo o hay un partido de pelota... podemos ir a verlo..., no

hacemos más que decir «al diablo con el trabajo»... y vamos, sin más. No tenemos que pedir permiso a nadie. Y podíamos tener una vaca y gallinas... y en invierno... la cocina... y la lluvia en el techo... y nosotros allí sentados. —Se cegaron sus ojos por las lágrimas, y se volvió, y salió débilmente del granero, y al marchar se frotaba la cerdosa barba con el muñón del brazo.

Afuera se interrumpió el ruido del juego. Se alzaron voces interrogantes, hubo un estruendo de pies al correr y los hombres irrumpieron en el granero. Slim y Carlson y el joven Whit y Curley, y Crooks más atrás, para quedar fuera de

la atención de los otros. Candy llegó tras ellos y el último de todos fue George. George se había puesto su chaqueta de estameña azul y la había abrochado, y su negro sombrero estaba muy hundido sobre los ojos. Los hombres corrieron en torno al último pesebre. Sus ojos encontraron a la mujer de Curley en la semioscuridad, se detuvieron todos y quedaron quietos y miraron.

Luego Slim se acercó lentamente a la mujer, y le palpó la muñeca. Un dedo flaco tocó la mejilla, y luego la mano bajó a la nuca levemente torcida y los dedos exploraron el cuello. Cuando Slim se irguió, los hombres se acercaron

y el encanto quedó roto.

Curley volvió de pronto a la vida.

—Yo sé quién ha sido —exclamó—. Ese grandote maldito, ese hijo de perra fue quien la mató. Yo sé que fue él. ¿Qué otro podía haber sido si todos los demás estaban allí, jugando a las herraduras? —Su ira aumentó paulatinamente—. Pero ya se las verá conmigo. Voy a buscar la escopeta. Yo mismo lo mataré, maldito hijo de perra. Le abriré las tripas a tiros. Vamos, muchachos.

Corrió desaforadamente fuera del granero. Carlson dijo:

—Voy a buscar mi Luger. —Y también salió corriendo.

Slim se volvió lentamente hacia George.

—Creo que fue Lennie —afirmó—. Tiene el cuello roto. Lennie es capaz de hacer eso.

George no respondió, pero asintió lentamente con la cabeza. Tan metido tenía el sombrero sobre la frente, que le cubría los ojos.

—Tal vez —siguió Slim— haya sido como lo que ocurrió en Weed, como me contabas.

George volvió a asentir. Slim suspiró:

—Bueno, creo que tendremos que encontrarlo. ¿Dónde crees que habrá

ido?

Pareció que George necesitaba un rato para hablar.

—Habrá... habrá ido hacia el sur. Veníamos del norte, de modo que habrá ido para el sur.

—Creo que tendremos que encontrarlo —repitió Slim.

George se acercó a él.

—¿No podríamos traerlo aquí, quizás, y encerrarlo? Está loco, Slim. Esto no lo ha hecho por maldad.

—Sí, podríamos —asintió Slim—. Si consiguiéramos inmovilizar aquí a Curley, podríamos hacerlo. Pero Curley va a querer matarlo. Curley está furioso

todavía por el asunto de su mano. E imagínate que lo encierran y lo atan y lo ponen en una jaula. Eso sería peor, George.

—Ya lo sé —murmuró George—. Ya lo sé.

Carlson entró corriendo.

—Ese perro me ha robado mi Luger —gritó—. No está en la bolsa.

Curley lo seguía, y Curley llevaba una escopeta en la manó sana. Curley estaba calmado ya.

—Bueno muchachos —dijo—. El negro tiene una escopeta. Llévala tú, Carlson. Cuando lo veas, no le tengas lástima. Tírale a las tripas.

—Yo no tengo armas —saltó Whit excitado.

—Tú ves a Soledad y busca a la policía. Busca a Al Wilts, que es el jefe. Vamos ya. —Curley se volvió con expresión de sospecha hacia George—. Tú vienes con nosotros, amigo.

—Sí —consintió George—. Voy. Pero escuche, Curley. Ese pobre diablo está loco. No lo maten. No sabía lo que hacía.

—¿Que no lo matemos? —exclamó Curley—. Tiene la pistola de Carlson. Está claro que vamos a matarlo.

—Tal vez Carlson haya perdido su pistola —sugirió débilmente George.

—Esta mañana la vi —aseguró Carlson—. No, me la han robado.

Slim seguía mirando a la mujer. Por fin, se dirigió a Curley:

—Curley..., quizás sería mejor que usted se quedara con su mujer.

—No, yo voy también —repuso Curley, enrojecida la cara—. Yo mismo le volaré las tripas a ese hijo de perra, aunque sea con una sola mano. Yo mismo lo voy a matar.

—Entonces —dijo Slim volviéndose hacia Candy— quédate tú con ella, Candy. Los demás podríamos ir saliendo ya.

Todos empezaron a caminar. George

se detuvo un momento junto a Candy y los dos miraron a la mujer muerta, hasta que Curley lo llamó:

—¡Tú, George! Tienes que venir con nosotros, para que nadie crea que has tenido algo que ver con esto.

George caminó lentamente tras los otros, y sus pies se arrastraban pesadamente.

Y cuando todos se hubieron alejado, Candy se puso en cuclillas sobre el heno y escrutó la cara de la mujer de Curley.

—¡Pobre diablo! —susurró dulcemente.

El ruido de los pasos de los hombres se hizo más lejano. El granero se

oscurecía gradualmente y, en sus pesebres, los caballos movían las patas y hacían sonar las cadenas de los ronzales. El viejo Candy se tendió en el heno y se cubrió los ojos con un brazo.

Capítulo 7

La honda laguna verde del río Salinas estaba muy calmada a la caída de la tarde. El sol había dejado ya el valle para ir trepando por las laderas de las montañas Gabilán, y las cumbres estaban rosadas de sol. Pero junto a la laguna, entre los veteados sicómoros, había caído una sombra placentera.

Una culebra de agua se deslizó tersamente por la laguna, haciendo serpentear de un lado a otro el periscopio de su cabeza; nadó todo el largo de la laguna y llegó hasta las patas de una garza inmóvil que estaba de pie

en los bajíos. Una cabeza y un pico silenciosos bajaron como una lanza y tomaron a la culebra por la cabeza, y el pico engulló el reptil mientras la cola de éste se agitaba frenéticamente.

Se dejó oír una lejana ráfaga de viento, y el aire se movió por entre las copas de los árboles como una ola. Las hojas de sicomoro volvieron hacia arriba sus dorsos de plata; las hojas parduscas, secas, sobre la tierra, revolotearon un poco. Y pequeñas ondas surcaron, en filas sucesivas, la verde superficie del agua.

Tan rápido como había llegado, murió el viento, y el claro quedó otra

vez en calma. En los bajíos permanecía la garza, inmóvil y esperando. Otra culebrita de agua nadó por la laguna, volviendo de un lado a otro su cabeza de periscopio.

De pronto apareció Lennie entre los matorrales, tan en silencio como se mueve un oso al acecho. La garza castigó el aire con sus alas, se alzó fuera del agua y voló río abajo. La culebrita se deslizó entre los juncos de la orilla.

Lennie se acercó silenciosamente al borde de la laguna. Se arrodilló y bebió, tocando apenas el agua con los labios. Cuando un pajarito corrió a saltos por las hojas secas a su espalda, irguió de

repente la cabeza y buscó el origen del sonido con ojos y oídos hasta que vio el ave, luego volvió a inclinar la cabeza y a beber.

Cuando hubo terminado, se sentó en la orilla, dando el costado a la laguna de manera que pudiera vigilar la entrada del sendero. Se abrazó las rodillas y en ellas apoyó el mentón.

Siguió trepando la luz fuera del valle y, al irse, las cimas de las montañas parecieron encenderse con un brillo creciente.

—No me olvidé, no señor —dijo suavemente Lennie—. Diablos. Esconderme en el matorral y esperar a

George. —Tiró del ala del sombrero para bajarlo más sobre los ojos—. George me va a reñir. George va a decir que le gustaría estar solo, sin que yo le molestara tanto. —Volvió la cabeza y miró las encendidas cumbres de las montañas—. Puedo irme para allí y encontrar una cueva. —Y continuó tristemente—: Y no tendré nunca salsa de tomate... pero no me importa. Si George no me quiere..., me iré. Me iré.

Y entonces salió de la cabeza de Lennie una viejecilla gorda. Usaba gruesos lentes y un enorme delantal de cretona con bolsillos, y estaba almidonada y limpia. Se puso frente a

Lennie, se llevó las manos a las caderas y lo miró desaprobadora, con el ceño fruncido. Y cuando habló, lo hizo con la voz de Lennie:

—Te lo dije y te lo dije. Mil veces te dije: «Obedece a George, porque es bueno y te cuida». Pero tú nunca prestas atención. Siempre haciendo disparates.

Y Lennie respondió:

—Le quise obedecer, tía Clara, señora. Quise y quise. No pude evitarlo.

—Nunca piensas en George —siguió la viejecilla con la voz de Lennie—. Y él, siempre cuidándote. Cuando él consigue un trozo de torta, te da siempre la mitad. Y si hay salsa de tomate, te la

da toda.

—Ya lo sé —murmuró Lennie lastimeramente—. Intenté portarme bien, tía Clara. Lo intenté y lo intenté.

Ella lo interrumpió:

—¡Y George podría pasarlo tan bien si no fuera por ti! Cobraría su sueldo y se divertiría como un loco con las mujeres de cualquier pueblo, y se pasaría la noche jugando a los dados y al billar. Pero tiene que cuidarte a ti.

—Ya lo sé, tía Clara —gimió Lennie abrumado de pena—. Me voy a ir a las montañas y encontraré una cueva y viviré allí para no darle más trabajo a George.

—Sí, eso es lo que dices siempre —exclamó bruscamente la viejecilla—. No haces más que decir eso, y bien sabes, condenado, que jamás lo vas a hacer. Te vas a quedar junto a él y vas a seguir haciendo de su vida un infierno, siempre, siempre.

—También podría irme —susurró Lennie—. George no me dejará cuidar los conejos ahora.

Desapareció la tía Clara, y de la cabeza de Lennie surgió un conejo gigantesco. Se sentó frente a él, y agitó las orejas y encogió el hocico. Y habló también con la voz de Lennie.

—Cuidar los conejos —dijo

burlonamente—. Eres tan chiflado que no sirves ni para lustrar las botas de un conejo. Los olvidarías y les dejarías pasar hambre. Eso es lo que harías. Y entonces, ¿qué pensaría George?

—Yo no me olvidaría —repuso Lennie enérgicamente.

—Diablos que no —insistió el conejo—. No vales ni siquiera el asador con que te tostarán en el infierno. Bien sabe Dios que George ha hecho lo posible para sacarte del pantano; pero no le ha servido de nada. Si crees que George va a dejarte cuidar los conejos, estás más loco que antes. No te va a dejar. Te va a moler los huesos con un

palo, eso es lo que va a hacer.

Ahora respondió agresivamente Lennie:

—No, no va a hacer nada de eso. George no va a hacer eso. Conozco a George desde..., ya he olvidado desde cuándo..., y jamás me ha alzado la mano con un palo. Es bueno conmigo. No va a ser malo ahora.

—Bueno, pero está harto de ti. Te va a moler a palos, y después te va a dejar solo.

—No —gritó frenéticamente Lennie—. No va a hacer nada de eso. Yo conozco a George. Yo y él trabajamos juntos.

Pero el conejo repitió con suavidad, una y otra vez:

—Te va a dejar solo, chiflado. Te va a dejar solo. Te va a dejar, chiflado.

Lennie se tapó las orejas con las manos.

—No. Te digo que no —gritó. Y luego—: ¡Oh, George! George... ¡George!

George salió silenciosamente de los matorrales y el conejo corrió a meterse otra vez en el cerebro de Lennie.

—¿Por qué diablos gritas? —preguntó quedamente George.

Lennie se puso de rodillas.

—¿No me vas a dejar, George,

verdad? Yo sé que no me vas a dejar.

George se acercó con pasos torpes y se sentó junto a él.

—No.

—Ya lo sabía. Tú no eres capaz de eso.

George guardó silencio.

—George —llamó Lennie.

—¿Sí?

—Otra vez me he portado mal.

—No importa —dijo George, y volvió a quedarse en silencio.

Sólo las cimas más altas estaban ahora al sol. La sombra era azul y suave en el valle. Desde la distancia llegó el rumor de hombres que se gritaban los

unos a los otros. George volvió la cabeza y escuchó los gritos.

—George —volvió a llamar Lennie.

—¿Sí?

—¿No me vas a reñir?

—¿A reñirte?

—Claro, como has hecho siempre. Así: «Si no te tuviera conmigo cobraría mis cincuenta dólares...».

—¡Por los clavos de Cristo, Lennie! No te acuerdas de nada de lo que sucede, pero jamás te olvidas de una palabra que digo yo.

—Bueno, ¿no lo vas a decir?

George se estremeció. Luego dijo, quedo:

—Si estuviera solo podría vivir tan bien... —Su voz era monótona—. Podría conseguir un empleo y no pasar apuros. —Se detuvo aquí.

—Sigue —pidió Lennie—. Y cuando llegara fin de mes...

—Y cuando llegara fin de mes podría cobrar mis cincuenta dólares y gastármelos en... un burdel... —Se detuvo otra vez.

Lennie le miró ansiosamente.

—Sigue, George. ¿No me vas a reñir más?

—No —afirmó George.

—Bueno, yo podría irme. Podría irme ahora mismo a las montañas y

buscar una cueva, si no me quisieras tener contigo.

George se estremeció otra vez.

—No. Quiero que te quedes conmigo.

Lennie dijo mañosamente:

—Háblame como antes.

—¿Qué quieres que te diga?

—Cuéntame eso de los otros hombres y de nosotros.

—Los hombres como nosotros —empezó George— no tienen familia. Ganan un poco de dinero y lo gastan. No tienen en el mundo nadie a quien le importe un bledo lo que les ocurra...

—Pero nosotros no —gritó Lennie

con felicidad—. Habla de nosotros, ahora.

George permaneció callado un momento.

—Pero nosotros no —repitió.

—Porque...

—Porque yo te tengo a ti y...

—Y yo te tengo a ti. Nos tenemos el uno al otro, por eso, y hay alguien a quien le importa un bledo lo que nos pase —exclamó Lennie triunfalmente.

La escasa brisa del atardecer sopló sobre el claro y las hojas susurraron y las pequeñas olas surcaron la verde laguna. Y los gritos de los hombres resonaron nuevamente, esta vez mucho

más cerca que antes.

George se quitó el sombrero. Dijo, con voz quebrada:

—Quítate el sombrero, Lennie. Este aire es muy agradable.

Lennie se quitó obedientemente el sombrero y lo dejó en la tierra, frente a sí. Más azul estaba ahora la sombra en el valle, y la noche se acercaba velozmente. Llevado por el viento llegó a ellos el sonido de pisadas en los matorrales.

—Explícame cómo vamos a vivir —suplicó Lennie.

George había estado escuchando los distantes sonidos. Al momento siguió

hablando apresuradamente.

—Mira al otro lado del río Lennie, y yo te lo explicaré de manera que casi puedas ver lo que te cuento.

Lennie volvió la cabeza y miró a través de la laguna y hacia las laderas de las montañas Gabilán, oscurecidas ya.

—Vamos a comprar un trozo de tierra —dijo George. Metió la mano en un bolsillo lateral y sacó la Luger de Carlson; quitó de un golpe el seguro, y luego mano y arma descansaron sobre la tierra detrás de la espalda de Lennie. Miró la nuca de Lennie, en el sitio donde se juntaban la columna vertebral y

el cráneo.

Una voz de hombre llamó desde lejos, río arriba, y otro hombre respondió.

—Sigue —rogó Lennie.

George alzó la pistola y su mano tembló, y otra vez dejó caer la mano al suelo.

—Sigue —insistió Lennie—. Dime cómo va a ser. Vamos a comprar un trozo de tierra.

—Tendremos una vaca —continuó George—. Y tal vez podamos tener un cerdo y gallinas..., y tendremos un pedazo sembrado..., un poco de alfalfa...

—Para los conejos —gritó Lennie.

—Para los conejos —repitió George.

—Y yo tengo que cuidar los conejos.

—Y tú tienes que cuidar los conejos.

Lennie rió de felicidad.

—Y viviremos como príncipes.

—Sí.

Lennie volvió la cabeza.

—No, Lennie. Mira allá a lo lejos, al otro lado del río, para que puedas ver casi el terreno.

Lennie lo obedeció. George bajó la mirada hacia la pistola.

En ese momento se oyeron pisadas que aplastaban ramas en el matorral. George se volvió y miró en esa

dirección.

—Vamos, George. ¿Cuándo lo vamos a comprar?

—Pronto.

—Yo y tú.

—Tú... y yo. Todos van a ser buenos contigo. No van a haber más líos. Nadie va a hacer daño a los demás ni a robarles.

—Creí que te habías enfadado conmigo, George.

—No, Lennie. No estoy enfadado. Nunca me enfadé, y menos ahora. Quiero que sepas eso.

Se acercaron las voces. George alzó la pistola y escuchó las voces.

—Vamos ahora —pidió Lennie—. Vayamos ahora a ese lugar.

—Claro, ahora mismo. Lo tengo que hacer. Lo tenemos que hacer.

Y George elevó la pistola y la afirmó, y puso la boca del cañón cerca de la nuca de Lennie. La mano tembló violentamente, pero se endureció la cara y la mano se calmó. Apretó el gatillo. El estampido del disparo rodó laderas arriba y regresó laderas abajo. Lennie se estremeció, y luego fue cayendo lentamente hacia adelante hasta la arena, y yació sin estremecerse.

George tuvo un temblor y miró el arma, y luego la arrojó lejos de sí, cerca

de la orilla, junto al montón de cenizas viejas.

El matorral pareció llenarse de gritos y del sonido de pies en carrera. La voz de Slim llamó:

—George. ¿Dónde está, George?

Pero George se sentó endurecido en la orilla del agua y miró su mano derecha, la mano que había arrojado el arma a lo lejos. El grupo irrumpió en el claro, y Curley estaba al frente. Vio a Lennie tendido en la arena.

—Lo has matado, por Dios. —Se acercó y miró a Lennie allí tendido, y luego volvió la vista hacia George—. Bien en la nuca —dijo suavemente.

Slim se acercó directamente a George y se sentó a su lado, se sentó muy cerca.

—No importa, no te aflijas —le consoló Slim—. A veces el hombre tiene que hacer cosas como ésta.

Pero Carlson estaba de pie junto a George.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó.

—Lo hice, nada más —repuso George fatigosamente.

—¿Tenía él mi pistola?

—Sí. La tenía él.

—¿Y tú se la quitaste y lo mataste con ella?

—Sí. Así fue. —Era casi un

murmullo la voz de George. Miraba aún, fijamente, su mano derecha, la mano que había empuñado la pistola.

Slim dio un tirón del codo a George.

—Vamos, George. Tú y yo vamos a echar un trago.

George dejó que lo ayudara a ponerse de pie.

—Sí, un trago.

—Tenías que hacerlo, George —dijo Slim—. Juro que tenías que hacerlo. Ven conmigo. —Condujo a George hasta la entrada del sendero y por él hacia la carretera.

Curley y Carlson los siguieron con la vista. Y Carlson comentó:

—Ahora, ¿qué diablos les pasa a esos dos?

Fin